

Descubrir a Antonio Bacierno: Retrato de un artista en su tiempo

Javier Burrieza Sánchez
Universidad de Valladolid

Una niñez iluminada. Mis años de Aranda por Antonio Bacierno



Sueños

Ese es el objetivo que yo me planteaba con estas letras. No era tarea fácil y me percataba de ello a medida que las entrevistas y los encuentros iban avanzando. Tuve la suerte de conocerlo en mi primer verano de universitario, en 1993, en una noche del mes de julio, en el ciclo titulado “Estival” y organizado por la Universidad de Valladolid. En el mismo, cada noche de los martes y jueves de este periodo, se hacía una propuesta cultural muy diversa a la ciudad del Pisuerga, en el patio del Colegio de Santa Cruz, aquel primer edificio renacentista de España que patrocinó con enorme generosidad el cardenal Pedro González de Mendoza a finales del siglo XV. No recuerdo el programa pero curiosamente tengo grabados muchos gestos y ahora, tras haber organizado cuatro o cinco conciertos con Antonio Baciero, me imagino que aquella noche fría y caprichosa del mes de julio vallisoletano, incomodó al gran concertista. Compartir las horas previas con Antonio —permítanme que de vez en cuando lo tutee— son todo un reto estético. Irán descubriendo conmigo que este arandino es un hombre de otro tiempo transportado a nuestra contemporaneidad, o mejor, él sabe el lenguaje específico de una galaxia que suele conciliar poco con nuestra cotidianidad: ese es el lenguaje musical. La música requiere un grado de concentración, de creatividad, de comprensión que forzosamente tiene que estar reñido con las preocupaciones nimias de cada día. Y Antonio vive entre esas dos esferas. Cuando se prepara para un concierto, en esas horas, lo que menos le importa es el momento reglado y convencional para comer.

Es verdad, que aparecerá en el auditorio con una bolsa repleta de infusiones, con un termo que irá agotando en los minutos previos, dentro de una habitación contigua, vestido solemnemente para la ocasión, pero sin perder la sonrisa porque encontramos en él una seguridad apabullante.

La mirada que les voy a transmitir, mi mirada, es la de un profesor de historia de la Universidad, especializado en la propia de la Iglesia y de la cultura, siempre contando en sus preferencias e inquietudes con el contexto temporal de la modernidad, de aquel tiempo que se desarrolla entre los siglos XVI y XVIII. Esta revista que tienen entre sus manos es para mí bien conocida, pues he publicado en ella, en repetidas ocasiones desde 2005, como consecuencia de mi participación en los Cursos de Verano de la Universidad de Burgos, celebrados en Aranda de Duero en plena colaboración organizativa con una institución de gran dinamismo como es esta Biblioteca que hasta hace pocas fechas ha dirigido Manuel Arandilla, buen amigo de Antonio, con la mano experta de dos concertistas de la letra, de la gestión de la cultura como son Pilar Rodríguez de las Heras y Maricruz Barahona Yáñez.

Les decía que era un reto descubrir a Antonio Baciero pero no lo es menos plasmar ese su universo en el formato tradicional de comunicación, donde ustedes tienen que descubrir conmigo un mundo de pasiones y emociones en torno a la música. A veces se me escapará el lenguaje austero que uno atesora, no tanto por ser vallisoletano, sino por

ser historiador y pretender acercarnos a las realidades desde una cierta separación. Procuraré que en nuestro concierto haya distintos tiempos, allegro a veces, andante en otros, porque el tono de lo que estamos transmitiendo así lo exige.



Una conversación con Javier Burrieza, sin principio y sin final... en el Colegio de Ingleses en diciembre de 2016

UNA CONVERSACIÓN SIN PRINCIPIO, NI FINAL

Una de las primeras cosas que sorprende de Antonio Baciero es su cercanía. Por entonces —estamos hablando de 2005— el Colegio de Ingleses de Valladolid, el seminario de los sacerdotes perseguidos por la reina anglicana del XVI, Isabel I, conmemoraba el IV centenario de la Paz de Londres-Valladolid, con la cual se puso fin, de manera momentánea, a un enfrentamiento directo entre las dos potencias atlánticas. Habían llegado nuevos tiempos a aquella Monarquía de España y a Inglaterra, tras la muerte de dos supuestos antagonistas como fueron Felipe II y la mencionada reina Isabel. Fue una propuesta cultural de rememoración que

hice al entonces rector de aquella casa, donde yo he venido volcando tantas horas de investigación y de inquietudes, entonces monseñor Michael Kujacz. Tratábamos de aunar conferencias, música, teatro y exposición del patrimonio histórico. Ante la necesidad de implicar a las instituciones de la ciudad, pude entrevistarme con la entonces teniente alcalde de la ciudad y concejal de Cultura, Angelines Porres, una mecenas consumada del ámbito musical. Ella, sin detenerse mucho, me propuso que la colaboración del Ayuntamiento podía ser un concierto de Antonio Baciero: Antonio Baciero, aquel magnífico pianista que había conocido en mis noches de “Estival” cuando apenas tenía veinte años. Pronto me tuve que poner en contacto con él y encontré a esa persona entrañable y cercana, siempre ilusionada ante una nueva empresa. La propuesta que él me hacía no me extrañó entonces pero menos me sorprende ahora, porque era la interpretación de algunas de las “Suites inglesas” de Juan Sebastian Bach.

Empezamos a tener nuestras primeras reuniones preparatorias donde con admiración escuchaba a un músico humanista que no sólo interpretaba al piano, en este caso, sino que también conocía e interpretaba una época y eso, en realidad, me fascinaba como historiador. La música había ejercido un papel más que relevante en mi vida, pues yo no había participado, cuando la edad lo exigía, en la música de moda del momento. Había ido descubriendo poco a poco, la grandeza de la creación musical y esa misma me había ayudado a descubrir la vocación por el análisis del tiempo pasado. En los días del colegio yo me había sentido incomprendido por estos gustos musicales “clásicos” que demostraba. No me ocurrió así en la Universidad, donde descubrí que entre los estudiantes de letras muchos eran los que encontraban en la interpretación de un concierto o en la asistencia a una ópera un motivo de formación y de recreo. Incluso, aquellos estudiantes de Filosofía y Letras de los años noventa compartíamos aula con la primera promoción de Musicología, por lo que entre nuestros condiscípulos había relevantes músicos, muy jóvenes, que nos iban adentrando en la esfera más íntima de la interpretación. Les cuento todo esto,

porque, en caso contrario, sería imposible explicar mi interés por la figura de Antonio Baciero, no sólo para mí un gran músico, un reconocido castellano-leonés distinguido por la Junta de Castilla y León con el Premio Castilla y León de las Artes, sino también un maestro, sobre todo un maestro, del que aprendo en cada conversación, también en ésta que mantengo en su universo físico.

Cuando Baciero contempló el templo barroco de los Ingleses se fascinó. La planta es circular. Cuenta con una dimensión cortesana con aquellas tribunas enrejadas que se abren al espacio central, con los retablos espléndidamente dorados, poblados de las creaciones de los escultores de la segunda mitad del siglo XVII y con la atenta mirada, silenciosa, de la Virgen Vulnerata, una talla mediana de María, procedente del Cádiz que había sido asaltado por los ingleses en 1596 y que había sufrido el destrozo de las guerras de religión, o más bien, de la utilización política del ámbito público de la fe en aquella centuria de reformas. Los ojos de Antonio se iluminaron ante aquel escenario barroco, en cuyo centro se situaría un piano de gran cola, rodeado de público por los cuatro costados. Le preocupaban algunas cuestiones dentro de su carácter meticuloso para ese encuentro con la música. Ruidos podrían venir del exterior, desde aquella calle Don Sancho tan transitada por los coches, a pesar de las dos puertas con espacio intermedio que separaban el interior del exterior. La solución era descolgar desde las tribunas de la iglesia un gran telón que procedía del Teatro Calderón de la Barca de Valladolid. Si el templo poseía ya una dimensión teatral, la solemnidad del telón negro que actuaba de psicológica barrera contra los molestos ruidos callejeros hacía de aquel escenario todo un espacio cortesano. Y las sombras... ¿cómo podíamos salvar aquellas sombras que las luces de una iglesia preparada para la celebración eucarística proyectaban sobre las teclas del piano? Para eso, buscamos una lámpara que podía contrarrestar esa función. Sin embargo, cuando terminó aquel concierto descubrimos, Antonio y yo en medio de la sonrisa, que se nos había olvidado encender la luz para que cumpliera su función. Es la

grandeza del músico, preocupado hasta lo más mínimo de que la interpretación y la transmisión musical se desarrollase en plenitud.

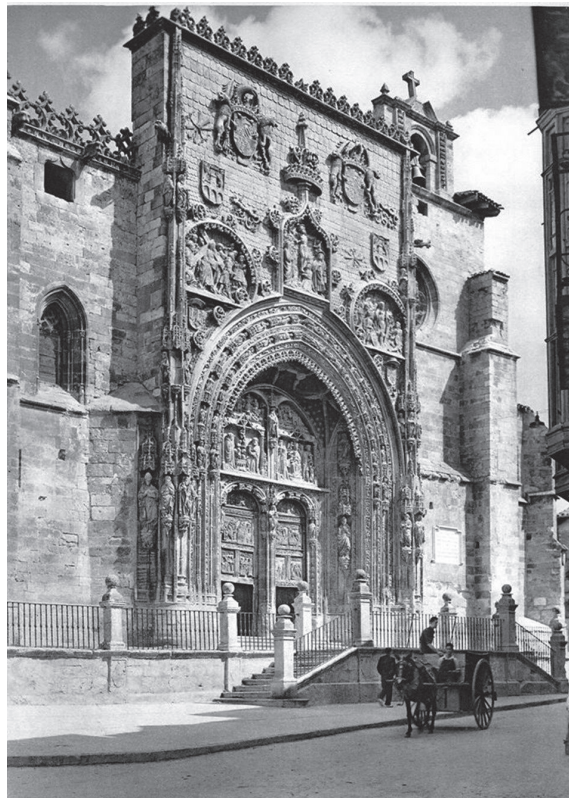
DESDE UN UNIVERSO PERSONAL, DESDE UNA CASTILLA PROFUNDA

El universo material de donde nace cada día la música de Antonio Baciero él lo define como las “tentaciones de San Antonio”. Se convierte en un gran cuadro de El Bosco, donde todo está dispuesto en un aparente desorden para la interpretación de un gran concierto. Toda una vida dedicada a la música, una existencia en la cual ni un solo día se ha olvidado de su belleza y, sin embargo, continúa siendo una trayectoria cargada de estudio y de esfuerzo. Lo que le rodea, conforma un microcosmos de belleza, en torno a los numerosos instrumentos musicales de diferentes épocas, la mayoría de ellos teclados que pueblan cada habitáculo. Baciero es un gran coleccionista con interés sobre multitud de temas. En el rincón del salón podemos contemplar el retrato en escayola de un prócer de la Restauración canovista, plasmado por Mariano Benlliure, junto a un óleo de Gabino Gaona de la escuela de Simancas con el paisaje de Castilla. Un poco más allá una carta de Felipe III, “Yo el Rey”, fechada en 1599, encomiando a que continuasen las obras que se estaban realizando en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, sin faltar el mundo de las reliquias, como aquella suela de la zapatilla de la Virgen, o numerosos retratos, fotografías y autógrafos de músicos, damas de la alta sociedad decimonónica con miradas en el olvido, desde marcos de ribetes dorados y plateados. Encima del piano donde se sentó para comenzar nuestra conversación con música de Schubert, un atril sobresalía sobre una amalgama de documentos desperdigados, algunas fotos de sus giras destinadas a ilustrar estas páginas, una más en la que Baciero aparecía acompañado de su esposa Marinati de Santiago: una profesora de piano, dentro de una dinastía de mujeres que se han dedicado a enseñar pacientemente a los niños a sentarse ante el instrumento, que es capaz de crear un universo sin necesitar otros tañidos. La conversación no iba a tener una estructura planificada. Estaba llamada a irse construyendo...

Podemos afirmar que Antonio Baciero, en realidad Antonio Rodríguez Baciero, es un castellano-vecino, nacido en las viejas tierras del río Duero, de sus afluentes, de sus campos inmensos, abiertos en el horizonte. Entre sus antepasados paternos se encontraba una hija del marqués de Villafranca, **Luisa Álvarez de Toledo y Gironda**, que se casó con un médico de Bembibre, llamado Antonio Rodríguez, en pleno fulgor del romanticismo. A su abuelo **Eumenio Rodríguez de Valenzuela** la Diputación Provincial le llamó a trabajar a Valladolid, como “contador de fondos” que era. Aquí murió. Su padre **Antonio Rodríguez Irazabal**, aunque nacido en Palencia, se consideraba vallisoletano, médico y como tal, habitual en la movilidad que le convertían, junto al maestro y al cura, en auténticas autoridades en los pueblos en los que recalaban. El primer destino fue la localidad de **Baños de Valdearados**, en Burgos, próximo a Aranda de Duero, donde conoció a su esposa, a través de un tío suyo. Carmen Baciero Benito era hija de un matrimonio del comercio en aquella cabecera de la comarca, en el ámbito social de una burguesía formada y cultivada. Antonio y Carmen contrajeron matrimonio, siendo padres de cuatro hijos, el mayor de ellos bautizado con un nombre que se iba repitiendo generación tras generación.

Nació en un año clave en la historia de España, en aquel 1936 que había convocado unas elecciones generales donde el Frente Popular, con los partidos de izquierdas, se habían unido para hacer frente al gobierno del republicanismo de derechas que se había desarrollado en los años anteriores. En el mismo se habían integrado el partido Radical de Alejandro Lerroux y la CEDA de José María Gil Robles, la coalición que había ganado las elecciones en 1933, aunque al entrar en el gobierno se había producido la revolución en determinadas regiones —la de octubre de 1934 en Asturias y Cataluña—, al asimilar a aquella derecha con la Monarquía y la Iglesia. La situación política era más bien complicada y no resuelta a pesar del triunfo del Frente Popular. Se produjo un incremento de la tensión que desembocó en el golpe de estado militar de julio de 1936. El padre de aquel niño que había nacido en mayo fue movilizado como teniente médico,

con un importante alejamiento producido, precisamente, por aquella contienda. Guerra que condicionó la vida familiar posterior aunque Antonio califica su infancia como “idílica”, en aquel ámbito tan íntimo del hogar de la familia materna, conformada por gentes de interesantes inquietudes.



Iglesia de Santa María de Aranda de Duero
donde fue bautizado Antonio Rodríguez Baciero

Así pues, un hermano de su abuela materna, **Adelfo Benito**, era autor junto con Santos Arias de Miranda —un apellido muy de Aranda— de la obra *Cosas del siglo pasado. Apuntes para la historia contemporánea de Aranda, recopilados por dos arandinos*, que había sido editado en Madrid precisamente en el año del nacimiento de su sobrino. La madre de Antonio no era solo un ama de casa. Bordaba sí, pero también interpretaba al piano y ahí es donde el pequeño encontró su primer contacto con la música. Carmen Baciero tocaba el

piano con soltura y personalidad. Había recibido las enseñanzas musicales de un ciego —casi de leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer— que tocaba el órgano en la iglesia de Santa María. El repertorio materno era de cosas de zarzuela, música ligera, tangos y vals de Strauss. Un niño que permanecía muy ajeno, como dijimos, a lo que estaba ocurriendo más allá de las fronteras familiares de la casa de sus abuelos arandinos, familia mezcla de profesionales, campesinos y comerciantes —**Gerardo Baciero Gil** y **Pilar Benito**—, dueños del comercio de la Plaza Mayor número 10 de la localidad y después absorbido por la Casa Ridruejo. Su nieto lo recuerda como el comercio “típico de un pueblo grande, donde se vendían toda clase de cosas como la ferretería, textil, lotería”, convirtiéndose en un establecimiento para adquirir lo necesario para la cotidianidad. En aquellos abuelos, gentes sin grandes ambiciones, encontró unos “seres maravillosos”, que rodearon su infancia mientras el padre ausente se encontraba en la Guerra. Careció de esos primeros afectos paternos, consolidándose después una relación mucho menos fluida y familiar con su progenitor. Su abuela Pilar era una profesional de las mortificaciones religiosas. Vestía siempre de hábito, se comía las rasas del besugo en Navidad, pareciendo una monja en vida cargada de sacrificios.



Antonio Baciero vestido de Guardia Civil ... de gala

Sus primeros amigos también son arandinos. Él mismo se confesaba muy cercano con **Marcelino Moneo** —de la Fonda Arandina— con el que compartió muchos momentos de compañía estrecha. No eran tampoco ajenos **Rufino Angulo**, **los Ridruejo** o **Joaquín Luis Ortega**, un futuro sacerdote de gran cultura que dirigió, con los años, la Biblioteca de Autores Españoles (BAC), además de **Ricardo Cabañas** y **Julio López Laguna**. Con este último compartió la escuela en las monjas de la Vera Cruz. El modelo educativo era el propio de los días de posguerra, con una notable inflación patriótica. Eso no quería decir que aquellos niños no jugasen, no fuesen traviosos, no ideasen nuevas posibilidades de recreo. Y lo hacían en un ámbito que hoy consideraríamos altamente peligroso como la Nacional I, que venía desde Madrid y que atravesaba el río Duero por aquel “Puente de Aranda” del tío Juanillo. Los coches, los camiones, eran más excepcionales que frecuentes y, por eso, se les esperaba sobre todo cuando esos vehículos debían hacer un cambio de marchas, al tomar la cuesta de las llamadas traseras. Precisamente, Antonio Baciero recordaba con mucho cariño cuando, en los días de Mercado, en esas traseras se encontraban amarrados los carros y las caballerías. Por eso, Aranda de Duero era escenario de la amistad y del ambiente familiar, aunque las calles no eran ámbitos exclusivos de relaciones porque la población contaba con cierta proyección. No era únicamente un pueblo de varios cientos de habitantes. Así lo recordaba Baciero: “un lugar excepcionalmente familiar, donde todo estaba a la mano. Cuando llegaba el pescado a la zona de los camiones, unos señores lo anunciaban con un vozerón que resonaba en la Plaza. Luego había tres o cuatro puntos, uno de ellos la mencionada ágora, donde el pregonero anunciaba las novedades mencionada ágora,”. Y Baciero, que es amante de la historia y en su mente hay numerosos puntos de referencia, terminaba definiéndolo como un “ambiente antiguo, con acentos realmente medievales”. Quizás había menos separación entre aquellos muchachos y el siglo XIX, que lo que ocurre en las mentalidades actuales ¿Cómo se percibía el tiempo cotidiano? “El sereno iba cargado con un montón de llaves y armado con una lanza, y daba las horas y el tiempo. Decía las doce y lloviendo... o las dos y sereno”.

A algo más de noventa kilómetros de Aranda, Valladolid habría de ser una ciudad que siempre tuvo una presencia en la vida de Antonio Baciero. La primera vez que vino, lo hizo con seis años. Aprovechó para visitar a su abuela paterna Teresa, que aquí vivía en compañía de sus hijas. Lo trajo, curiosamente, su abuelo materno Gerardo, recorriendo la llamada línea Valladolid-Ariza que rompía el carácter radial de los ferrocarriles españoles. Recuerda que le llevaron a la iglesia penitencial de las Angustias, allí contempló la maravillosa obra de Juan de Juni —la conocida popularmente como la “Virgen de los Cuchillos”— y tocó el piano en casa de Blas Sierra, uno de aquellos hombres de buena sociedad que conocía su familia paterna en esa ciudad de la primera posguerra. Sin embargo, todo cambió cuando falleció su abuela materna. El comercio de la familia en Aranda se liquidó y, de alguna manera, concluyó la “infancia idílica”, llena de contrastes y paradojas en una época más fría, terrenal y hasta algo cruel, como la define el propio Baciero.

DESDE EL PIANO QUE INTENTABA TOCAR SU PADRE

Se trasladaron en 1943 a Navarra, a esa Pamplona del tradicionalismo en la que estudió con los escolapios —la rama pobre de la enseñanza contrarreformista como Baciero los definió—, siempre con la sensación de venir de fuera y no pertenecer del todo. Experimentó un ambiente familiar totalmente contrario al de Aranda. Se restauró la seriedad doméstica. Fue todo un choque de mentalidades, entre la bondad de los tiempos pasados y el autoritarismo de los nuevos. Un padre que le había costado adaptarse a la vida familiar después de la guerra, reservado y experto radioaficionado, inquietud comunicadora por la que llegó a aprender inglés para manejarse mejor en “aquellas redes” diríamos hoy. Una actividad que le alejaba de la vida social. No le faltaría a este médico por este medio información de la situación de la Segunda Guerra Mundial. Él se había distinguido por su opción germanófila, aunque también había recibido “las manías de las ortodoxias del navarrismo”. Su madre no se sentía cómoda en Pamplona, más bien extraña al proceder

su familia de otras tierras y orígenes. Antonio se sorprendía de aquella inquietud de su padre, por las voces que procedían de lugares muy lejanos, por los contactos sin conocerse. Él se mantenía como el niño callado, observador, que estudiaba, que cumplía bien, que tenía que ser buena persona ante las amenazas del infierno, tan propias de aquellos días de floreciente sacralización del nacionalcatolicismo. Todo fue transcurriendo hasta la Universidad, aunque el último año lo pasó en el Instituto, con aquel plan de bachillerato del ministro José Ibáñez Martín.



Una nueva estampa infantil de Antonio Baciero

De repente, su padre manifestó su interés por aprender música. En su casa tenían una pianola, un instrumento que era un sucedáneo, utilizado sobre todo los domingos, para ilustrar una vida que se desarrollaba especialmente en el ámbito doméstico. Una profesora acudía a casa a darle clase a aquel médico-dentista. Era un momento en que el pequeño Antonio disfrutaba. Se quedaba allí, con los rudimentos musicales que su madre le había transmitido: “me quedaba escuchando las clases de mi padre. Me fastidiaba ver sus dificultades ante el teclado pues yo lo veía tan fácil”. Aquel niño callado y tímido hubiese aprovechado mucho más las clases que su progenitor. Casi resultaba una escena de la vida de Mozart. La profesora, **Puri Villar**, siempre lo acogió con cariño: “Antoñito toca. Este chico es un genio”. Era una mujer soltera hija de militar, que le convirtió en su alumno predilecto. Confiesa Antonio que sus padres estaban muy atentos a lo que él podía aportar. Es verdad que como hijo mayor estaba destinado a ser médico, aunque disfrutaba

mucho más con la música. Al final, él se quedó con la profesora de su padre. Su formación evolucionaba y en un futuro, él tendría que examinarse en Madrid y llegar a optar al Premio Extraordinario Fin de Carrera.

La música le estaba valiendo de mucho, pues le ayudaba a solventar su cierta tartamudez. Era todo un escape. Con ella, con su lenguaje, lograba un elemento de comunicación legítima. En el colegio se estudiaba mucho, desde las ocho y media, sin que faltase la misa y el rosario diario que era un “calvario” cuando le tocaba dirigirlo, ante aquel ritmo y repetición constante de oraciones. Él que era un estudiante medio, sin embargo destacaba por una cualidad que los demás no tenían: la de saber tocar el piano. Pianista y algo tartamudo, caía simpático entre sus compañeros. Él no daba patadas al balón sino que en los recreos estudiaba música pues había que ser “traperero del tiempo” como decía Gregorio Marañón. Eso sí, cuando la música se hacía protagonista en la vida escolar, al piano se



De gira con Teresa Berganza.
Tánger 1955, después del premio
extraordinario fin de carrera de ambos

encontraba Antonio Baciero aunque no se hubiese lucido en el deporte tan valorado. Pero todo le suponía un enorme dedicación, sobre todo en verano, cuando estudiaba diez y doce horas diarias para conseguir en Madrid las mejores notas en sus exámenes oficiales. Su abuelo lo llevaba al casino de Pamplona. Su padre, siempre tan trabajador, abrió consultorios en pueblos cercanos y su hijo Antonio lo acompañaba con frecuencia, cuando tenía que desarrollar esas consultas por distintas localidades. El niño tocaba el piano —no era tan difícil encontrar pianos por muchos lugares—. Con todo, la música no era contemplada por su progenitor con una dimensión de futuro para con su hijo. Continuaba pensando su padre en los estudios de Medicina, aunque le gustaba verle tocar. Terminó el bachillerato y concluyó también la carrera en el Conservatorio. Allí ya no estaba solamente el magisterio de la recordada Puri Villar sino también de **Julia Parody Abad (1890-1973)**, en cuya clase inició su amistad con **Esteban Sánchez (1934-1997)**.

Aunque Parody era madrileña de nacimiento, se mostraba en su baja estatura como una malagueña, ciudad en la que desarrolló sus primeros estudios. Y desde Málaga, las instituciones municipal y provincial la becó para que pudiese continuar sus estudios en Madrid con el famoso **José Tragó**, catedrático del Conservatorio. Entre doscientas concurrentes ganó una plaza de alumna del Conservatorio de París con clases, primero de **Marmotel** —discípulo de Chopin— y, después, del legendario **Alfred Cortot**, que también veremos su magisterio asociado al recibido por Esteban Sánchez. La formación continuó por Berlín y, posteriormente toda una carrera como concertista internacional. Recaló finalmente en Madrid como profesora del Conservatorio donde la conoció Antonio Baciero y donde fue galardonada con la Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII. Es verdad que doña Julia, que vivía en la calle de Alcalá, se encontró un joven pianista de provincias muy modelado, gracias al magisterio de Puri Villar. Le empujó en su preparación para la culminación de su carrera pianística y por qué no decirlo, no la sentó demasiado bien que decidiese Antonio Baciero continuar sus estudios en Viena. Esteban Sánchez era su alumno bien cercano.

“Esteban —recuerda Antonio— era un pianista verdaderamente único. Era además un auténtico hombre bueno y como pianista un verdadero superdotado, genial. Algo, totalmente aparte, nunca pretendió “hacer carrera”. Tenía un carácter que no entraba en las reglas del juego. Hasta cierto punto su personalidad era muy comparable a la de Mozart, en muchos aspectos. Ambos compartían la intuición del genio, múltiples particularidades y la predestinación desde la infancia, ipero el resto del mundo le era ajeno!”. A su muerte en 1997 —había nacido en la localidad pacense de Orellana La Vieja en 1934— era definido por Enrique Franco en las páginas de *El País* como el “genio oculto del piano español”. Anteriormente, Alfred Cortot lo había calificado como “un genio musical del siglo XX”. Una personalidad que, como subrayaba Antonio, estaba al margen de los con-



Viena 1957, el escenario del pianista que se hace europeo

vencionalismos y también de las vanidades propias de una profesión y de la manifestación artística. Un virtuosismo “trascendente y poderoso”, con interpretaciones magistrales de Beethoven, Schumann, Mendelssohn, Tchaikovski, sin olvidar los españoles Isaac Albéniz, Enrique Granados, Joaquín Turina o Manuel de Fallas. Destacó también en sus grabaciones discográficas. Y cuando el prestigioso **Daniel Barenboim**, al conocer la interpretación de “Iberia” —la creación de Albéniz— por este músico y compositor, se preguntaba la razón del porqué España lo mantenía oculto a este genio. Esteban Sánchez decidió viajar a su tierra natal, a Badajoz, para impartir a partir de 1978, sus enseñanzas en los conservatorios de la capital y de Mérida, residiendo en su villa natal de Orellana. En uno de los desplazamientos encontró la muerte y así se fue “sin armar ruido”.

En realidad, Esteban Sánchez —dos años mayor que Antonio Baciero— había comenzado estudiando con un tío-abuelo suyo que era sacerdote, organista y maestro de capilla en la Catedral de Palencia. Su ingreso en el Real Conservatorio de Madrid se había producido en 1945, con las clases de la mencionada Julia Parody. La ampliación de su formación se orientó hacia París, en la Escuela Normal de Música con el también citado Alfred Cortot y en la Academia de Santa Cecilia de Roma con Carlos Zecchi. Obtuvo importantes premios como el “Extraordinario Fin de Carrera” en 1948, el “Eduardo Aunós” del Círculo de Bellas Artes en 1949 y un año más tarde, el “Pedro Masaveu”, ex aequo con **Joaquín Achúcarro**; y tres importantes premios internacionales como el “Dinu Lipatti” de Londres al “mejor pianista joven del mundo”. Su primer gran concierto fue en Madrid con la Orquesta Nacional en diciembre de 1954. El magisterio musical le fue alejando, desde Extremadura, de su labor concertística. Obtuvo, eso sí, el reconocimiento de sus paisanos. Antonio Baciero no pudo olvidar a Esteban Sánchez y este interés y admiración se plasmó en una publicación, en una monografía: “creo que el personaje, el amigo y el recuerdo de su piano lo merecen”.

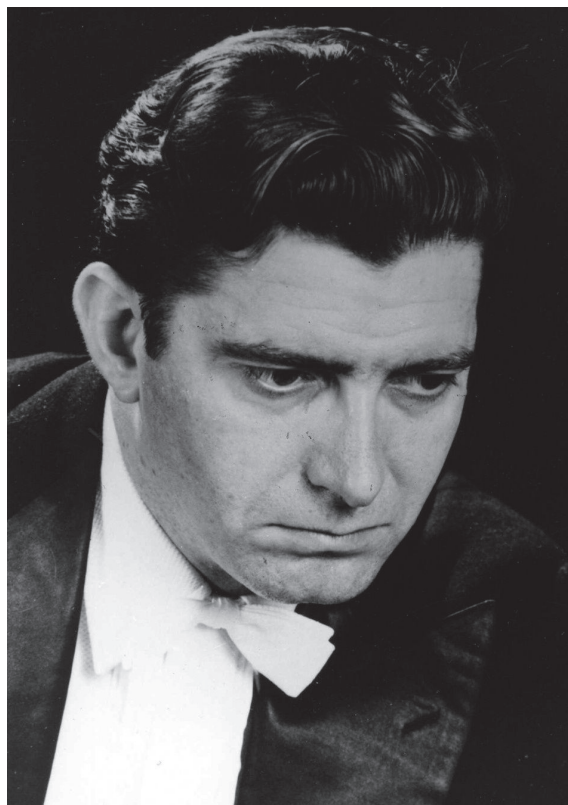
LOS PRIMEROS GRANDES ENCUENTROS: SOPEÑA Y REMACHA

El premio extraordinario Fin de Carrera de Piano supondría su autonomía, aunque todavía se tuvo que matricular de Medicina, solamente por espacio de un curso. Sin embargo, no se llegó a examinar de ninguna asignatura. Por entonces, era director del Conservatorio, el sacerdote vallisoleitano **Federico Sopeña**, gran amigo y colaborador del que después será el ministro de Educación, Joaquín Ruiz Giménez. Diecisiete pianistas se presentaron para la convocatoria del Premio Extraordinario, para el cual había que realizar dos ejercicios. En junio se quedaron diez para el otoño y, finalmente, fue Baciero el que lo obtuvo en 1954. El de Canto en aquellos momentos fue para **Teresa Berganza**, con la cual pudo realizar una pequeña gira a Lisboa, Tánger y Tetuán. Ella cantaba al piano aunque el pianista era otro, **Félix Lavilla** —el que después fue su marido, precisamente un pamplonés nacido en 1928—, Antonio interpretaba solo al piano y Federico Sopeña pronunciaba su conferencia, en un intento de promocionar como director del Conservatorio, a los que consideraba como extraordinarios premios de fin de carrera de aquel año, en canto y piano.

Curiosamente, Teresa Berganza había acompañado anteriormente a notables actores de la época, muy populares, como Juanito Valderrama, Juanita Reina o Carmen Sevilla, pero sobre todo había intervenido en los fondos musicales de películas como *La hermana San Sulpicio* —la versión de 1952 de Carmen Sevilla pues la anterior era de Imperio Argentina de 1934—. Concluidos sus estudios en el Conservatorio, también los de piano, Teresa Berganza no quería dedicarse al canto. No obstante, la profesora de esta materia, **Lola Rodríguez Aragón** la inició en Mozart y Rossini que, junto con la Carmen de Bizet serán sus máximos referentes en su futuro repertorio. Su gran debut se produjo cuando Antonio Baciero —con el que mantiene una muy cordial amistad— ya se encontraba en Viena. Sucedió en el Festival de Aix-en-Provence, con el papel de Dorabella del *Così fan tutte* de Mozart, con éxito rotundo de

“público y de crítica”. Iba a ser la portentosa voz de esta mezzosoprano, “cálida y de bello timbre, con una interpretación donde se sumaban la técnica, la gracia, la fuerza expresiva, además de unas extraordinarias cualidades como actriz.

Aquel verano de 1954 obtuvo una beca en Siena, en la Academia Chigiana con **Guido Agosti (1901-1989)**. Sin embargo, pronto habría de aparecer en su vida el Colegio Nebrija donde conoció a importantes amigos, como **Miguel de Unamuno** —nieto del escritor— además de **Rafael Moneo**. Director del mismo era relevante **Gratiniano Nieto**, yerno del que había sido rector de la Universidad de Valladolid Cayetano Mergelina. Los informes pedidos a Pamplona fueron óptimos. Con los años, Gratiniano Nieto fue director general de Bellas Artes. Pendiente de todo ello se encontraba un primo de su



Pianista en Nueva York.
1968, como aquel poeta de nombre Federico

madre y de su abuelo Gerardo, **José María Sánchez de Muniáin Gil**, por entonces director general de enseñanza media, perteneciente a la Asociación Católica de Propagandistas y discípulo del que se habría de convertir con los años en el cardenal Ángel Herrera Oria. Sánchez de Muniáin fue la segunda persona que alcanzó el grado de doctor en filosofía en España tras la Guerra Civil en 1942, con una tesis titulada *Teoría de la belleza del paisaje*. Desde 1945 había sido catedrático de Estética de la Universidad de Madrid. Poco tiempo después de este contacto con su "sobrino" Antonio Baciero, se sumergió en la celebración y edición de la culminación de la *Antología general* de Marcelino Menéndez y Pelayo, con ocasión del centenario del nacimiento del polígrafo, auténtica apoteosis de un menendezpelayismo, esencial para la vida intelectual nacionalcatólica española del momento.



Y pasó el telón de acero,
Conservatorio Tchaikovsky. Moscú 1980

Finalmente, el Colegio le concedió al joven Baciero la media beca para su estancia en el mismo y el resto de la cuantía se la pagaron sus padres, aunque su progenitor continuaba sin perder la esperanza de tener en su hijo primogénito al médico que deseaba.

Los estudios musicales estaban concluidos pero era la hora del perfeccionamiento, el cual habría de hacerse en el extranjero. Habitualmente, los jóvenes músicos se habían orientado hacia París o Alemania, como hemos visto en algunos de sus profesores. A través de la Institución Príncipe de Viana, la Diputación de Navarra le habría de conceder a Antonio Baciero —este navarro de adopción, de orígenes y nacimiento arandino— una cuantiosa beca de cincuenta mil pesetas, en un año. Estaba destinada a estudiantes de Bellas Artes. Presidía aquel tribunal el que habría de ser director de aquel conservatorio de Pamplona, **Fernando Remacha (1898-1984)**. Un intelectual que había estado incluido en la "Edad de Plata" de la Cultura española, previa a 1936. Remacha habría de desempeñar un papel esencial en la vida de Baciero siendo la resolución de esta beca el primer gran paso. Era navarro de Tudela, habiendo iniciado sus estudios de violín en su ciudad natal aunque más tarde pasó a la capital navarra hasta que, en 1911, se trasladó a Madrid donde asistió a las clases de José del Hierro y a las propias de composición de Conrado del Campo. En 1923, ganó el Premio Roma de la Academia de Bellas Artes de San Fernando con una cantata, un motete y una fuga ¿Qué suponía aquella distinción? Con veinticinco años, Remacha inició una estancia de cuatro años en la Academia de España en Roma donde estudió con **Gian Francesco Malipiero (1882-1973)**, una gran figura del Renacimiento musical italiano del siglo XX, uno de los grandes "iluminados del arte en el siglo XX" como indica Baciero, deslumbrado por el arte de Debussy o de Stravinsky, veneciano y descendiente de uno de los Dux de la República Serenísima y de una marquesa. Remacha, en Roma, se convierte en su discípulo predilecto dentro de una labor de recuperación de los maestros antiguos. Cuando Remacha volvió a Madrid en 1928 —y obtuvo una plaza de viola en la Orquesta Sinfónica de Arbós— llegó

a tener mucha autoridad en el núcleo cultural donde se encuentra a **Ricardo Urgoiti Somovilla**, el hijo del fundador del diario “El Sol”, un potentado vasco que vivía en Madrid. Urgoiti fue el creador de Unión Radio y, posteriormente, de Filmófono, empresa de cuya dirección artística se hizo cargo Remacha.



En la Filarmónica de Leningrado, 1980, hoy San Petersburgo

Así, el músico navarro pudo poner música a varias películas dirigidas por José Luis Sáenz de Heredia o Luis Buñuel. Remacha estaba muy cercano al ámbito intelectual republicano del momento, con ese “Grupo de los Ocho”, integrado por Salvador Bacarisse —autor de la célebre *Romanza* con la guitarra como solista—, Julián Bautista, Rosa García Ascot, Rodolfo y Ernesto Halffter, Juan José Mantecón y Gustavo Pittaluga. Y llegó la Guerra y Remacha no salió al exilio pues fue un hombre prudente pero en su Tudela natal, donde su padre tenía una ferretería. Allí vivió un profundo “exilio interior”, contraproducente a su evolución musical. Para entonces ya había sido en dos ocasiones (1933 y 1938) Premio Nacional de Música —todavía habría de serlo por tercera vez en 1980—. Y en Tudela es donde lo conoció Antonio Baciero, vestido con la bata azul de ferretero. Se lo presentó **Rafael Moneo** (1937), su compañero en el Colegio de Nebrija y que también había nacido en Tudela y que con el tiempo se habría de convertir en uno de los más destacados representantes de la arquitectura española contemporánea.

Como dijimos, Remacha era violinista y Antonio, en los ejercicios para la beca de la Institución “Príncipe de Viana” —de la Diputación de Navarra—, interpretó una pieza de Bach que Busoni transcribió para piano cuando en realidad era para violín, la *Cbacona, BMW 1004*. Aquella interpretación le maravilló a don Fernando y cuando presidió el tribunal, defendió la candidatura de Baciero contra sus propios intereses, es decir, contra los recomendados de aquéllos que le habían llevado a Pamplona como director del Conservatorio —el Pablo Sarasate al frente del cual se mantuvo hasta 1973—. Finalmente, se la concedieron en Pamplona. Cómo llegase ese dinero a Austria era problema de Baciero, no de la Institución que se lo concedía. Y así tuvo que sacar veinticinco mil pesetas por la frontera, toda una aventura, en los zapatos, pasando por Barcelona, Lyon, Zurich, Innsbruck hasta Viena, en aquel tren que fue todo un “viaje universal”.

EN VIENA, DESDE EL AÑO DE MOZART

Viena iba a ser el destino: “¿qué otro sitio podría significar más para un pianista? Viena ejercía entonces una llamada especial”. Hacia allí viajó con diecinueve años y en la capital austriaca habría de cumplir los veinte en mayo de 1956. Entonces, Austria estaba a punto de comenzar a celebrar el bicentenario del nacimiento de Wolfgang Amadeus Mozart. Quizás fue uno de los primeros conciertos a los que asistió Baciero en esta conmemoración. Fue el inaugural del Festival del Centenario de Mozart en mayo de aquel 1956, dirigido por **Karl Böhm**, la Filarmónica de Viena y un pianista húngaro llamado **Geza Anda**, con el *Concierto de piano en sol mayor, el número 17*, además de la *Sinfonía nº 40*. Fue aquel un acto de gran solemnidad. Por algo, era la inauguración de la efeméride con la presencia y la intervención del presidente de la República, Adolfo Schärf. Precisamente, el *Allegretto, finale, presto* —el tercer movimiento de aquella creación mozartiana— se lo recordaba yo ante Baciero como una de esas páginas del genio de Salzburgo que me gusta escuchar periódicamente. Junto al año Mozart, poco antes de su llegada, precisamente un 5 de diciembre de 1955, se produjo la apertura de la ópera, la *Staatsoper*.

Lo que comenzaba para un año, se prolongó por espacio de diez, hasta que cumplió los veintinueve. Baciero comenzaba una nueva etapa como lo hacía también esta República que veía como se ponía fin a la ocupación de los aliados —sobre todo de los soviéticos— tras el avance contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial: “Viena, pese a todo —confesaba Baciero a Maruxa Baliñas—, era una apoteosis de optimismo [...] me acuerdo de que todavía quedaban bastantes vestigios de los rusos —los soviéticos—”. Se refería el músico a un enorme tanque ruso, quizás el primero que había entrado en Viena, a modo de monumento en una plaza enfrente del Palacio Schwarzenberg, no muy lejos de los jardines del Belvedere; o aquel cementerio de oficiales soviéticos, con tumbas presididas por la hoz y el martillo: “cuando los rusos se fueron, los vieneses se comprometieron por tratado a conservar todo aquello y las tumbas y el tanque solo se retiraron años después, por un tratado de



En el Palacio de Congresos de Tirana, Albania. Concierto del día de la Fiesta Nacional. 24 de junio de 1989.

la ONU. Todo ello era un síntoma de una época reciente, durísima y trágica. Pero por encima de todo imperaba la música. La música había puesto a prueba los hombres y las ciudades. Viena era su ciudad”. En realidad, aquel territorio había sido ya castigado en 1918, tras el final del Imperio Austro-Húngaro, después de la derrota de la Gran Guerra. Fue transformada en una república y ésta fue incorporada por Hitler al espacio de expansión de aquella gran Alemania que habría de constituir el III Reich. Fue casi un misterio el por qué estas tierras no formaron parte de los países satélites de la Unión Soviética como ocurrió con sus vecinas Hungría y Checoslovaquia —actual Chequia y Eslovaquia—. Lo cierto es que Austria volvía a ser un país independiente en 1956. Volvía a resurgir con la tristeza de una posguerra tremenda en una ciudad poco iluminada.

Esa estancia de diez años fue inolvidable. La nueva **profesora fue Viola Thern**, de la que iba a recibir sus clases. Descendía de un círculo de los alumnos predilectos de Franz Liszt. Su marido Othmar Steinbauer, del que se divorció, había sido una autoridad musical en el Conservatorio vienés en los días de la ocupación nazi, además de importante compositor dodecafonista.

Antonio Baciero empezó a vivir en una casa subarrendada, viviendas para estudiantes que consiguió por medio de una agencia. Una habitación en una parte muy triste de Viena, casi en frente de donde acabó Beethoven la *Novena Sinfonía*, en la calle de los Húngaros, una travesía larga con muchas curvas: “como estudiantes vivíamos en los entornos más pobres, en habitaciones subarrendadas y claro, no en las mejores zonas. Se veía gente rara y silenciosa, ataviada con modas muy antiguas y era una gran diferencia, claro, viniendo además de un sitio tan extrovertido como Madrid”. Naturalmente, no fue una desconexión plena de su España natal a la que volvía periódicamente, por lo menos cada Navidad. Sin embargo, su vida en Viena fue de estudio. En el Conservatorio les otorgaban gran facilidad para acudir a la ópera y a los conciertos, de los que tenían que disfrutar de pie. Era el tiempo de las viejas figuras del mundo mu-

sical y las nuevas emergentes, como **Herbert von Karajan** —todo un factótum de la música en Europa—. Fue director de la ópera entre 1957 y 1964, aquel escenario que había sido el ámbito del despegue anterior del germanismo: “Karajan lo dominaba todo, cualquier repertorio, era capaz de hacer cada día una ópera distinta y del género sinfónico—pues la Filarmónica que no tenía director titular, entonces lo invitaba mucho—, y siempre todo de memoria... un león. Para las finanzas igualmente. Era un tipo fascinante por la rápida brillantez de sus interpretaciones. Por ejemplo, en la ópera, cuando la representación ya estaba a punto de comenzar, la orquesta terminando de afinar, de repente se abría la puerta del foso y mientras la gente se daba cuenta y le miraba y aplaudía, ya estaba empezando la música. Era capaz [Karajan] de controlar hasta los aplausos del público, parecía dirigirlos [...] allá por los 60, era el amo musical de Europa entera: dirigía la Philarmónica de Berlín o de Londres, la Ópera de Viena y la Scala de Milán [...] grababa para Deutsche Gramophon (de la que era accionista), dirigía el Festival de Salzburgo y muchas cosas más. Era además un campeón de vela y pilotaba su propio avión. Me acuerdo de su atuendo impecable, con un peinado cuidadísimo con su típico tupé. Parecía una obra de relojería en un hombre bajito que sabía y quería cultivar el valor de la imagen”.

Los idiomas siempre le gustaron a Baciero. Había estudiado ya un poco de alemán. En el Colegio Nebrija hubo uno de los residentes que impartió clases de esta lengua, con un procedimiento intermedio y práctico para poder leer esas letras góticas. Se familiarizó en seguida con ella y además el alemán de Viena era bastante peculiar, en medio de un ámbito internacional con tanta presencia eslava. Allí radicaba parte de su encanto, una lengua campesina y poco cultivada, impregnada de una dimensión dialectal en Viena. La gente que hablaba un buen alemán en esta gran ciudad era de una pronunciación exquisita, más dulce. Con Viola Thern parecía que estabas hablando con una veneciana, que no era otra que esa costa de Austria, ocupada en los tiempos anteriores a la unificación italiana por los austriacos.



Ciclo de música inédita española.
Escuela Superior de Canto. Madrid, mayo 1980,
con S. M. la Reina Sofía y Joaquín Saura

Había pocos españoles en estas tierras. Escribía Sopena que la mayoría eran sacerdotes y seminaristas, “nada tiene esto que ver con nuestros seminarios, ni con el ambiente estudiantil eclesiástico de Roma. Cómodo para el que estudia, con todas las facilidades, con libros, con música, con becas, con soledad; pero angustioso para quien estudia, sobre todo, para sacerdote”. En Viena, coincidió con el investigador que habría de ser después catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca, **Manuel Fernández Álvarez**: “allí surgió una amistad profunda e irreplicable. Fue un hombre sabio excepcional —gran especialista de Carlos V, de quien publicó el *Corpus Documental*— con el que tuve muchísima relación e incluso participé en un homenaje que se le tributó con motivo de su jubilación”.

Además, desde Viena, se vivía a las puertas del Telón de Acero. Entonces, Baciero no pudo conocer Checoslovaquia o Hungría. Y eso que el ámbito soviético protegía mucho a la música y a los músicos, siempre y cuando éstos entrasen por los canales oficiales ideológicos. Con todo, viniendo de la España de 1956, cuando paseaba por las cercanías de la embajada soviética en Viena, la miraba con precaución y la consideraba un lugar muy hermético.

Viena, Austria no era el único horizonte. En España continuaban existiendo sus anclajes e, incluso, de allí llegaron algunas ofertas. Tras Viola Thern es-

tudió con **Paul Badura-Skoda**, **Jörg Demus** y **Alfred Brendel**, los más destacados pianistas jóvenes del momento. Desde España, no se olvidaba lo que desde, por ejemplo, la ciudad del Pisuerga podía ofrecer por vía de **Ángel Huarte**, profesor de Derecho, presidente de todo lo importante de Valladolid. Huarte era de Pamplona —allí donde se necesitaba un apoyo para Baciero siempre aparecía un navarro y específicamente un pamplonica— y le recomendó para su primer concierto en Valladolid, en el Teatro Carrión con la Orquesta Sinfónica en 1958 o 1959. La llegada del éxito permitía una recomendación enlazada con la siguiente. Baciero se tomó la profesión muy en serio, como una gran vocación. En aquellos viajes de ida y vuelta siempre se encontraba con Remacha. Este último, gracias a una beca concedida por la Fundación Juan March, pudo visitar en los años 1958 y 1959 varios conservatorios europeos para conocer su sistema de enseñanza. Baciero, por su parte, se mantenía gracias a la pensión de su protector **Félix Huarte**. Tanto él como Remacha querían a Baciero en la docencia del piano en Pamplona. La existencia que nuestro músico había comenzado era de todo menos estable y si me apuran, esta definición no la ha alcanzado nunca. Si se implicaba en un Conservatorio, quedaba allí, dentro de una España cultural que necesitaba una expansión grande: “cuando se fundó el Conservatorio de Pamplona [1957] lo nombraron director [a Fernando Remacha]. Quiso que yo me ocupara allí del piano, y aunque la oferta humanamente resultaba muy atractiva, todavía me consideraba en el principio de lo que yo quería aprender y asimilar de Viena, y él lo entendió bien. Mi vida hubiera sido muy distinta de haber aceptado”. Los Huarte lo tomaron como un hijo aunque como gran industrial de Navarra, con ojo y cualidades para los negocios, disponía de una gran sensibilidad para el mecenazgo de otros artistas. Esta familia también se volcó con el Orfeón y su hijo, **Jesús Huarte**, lo asumió todo ello.

La carrera internacional de Antonio Baciero comenzó en 1961 cuando en el Concurso Internacional “Viotti” de Vercelli obtuvo un Premio Especial directamente costado por el pianista de gran prestigio **Arturo Benedetti-Michelangeli**. Dos

años después interpretaba las *Seis Partitas* de Johann Sebastian Bach en un solo concierto que, tras Viena, se repitió en Madrid y Barcelona. La crítica ya estaba convencida que Antonio Baciero era un especialista en este compositor alemán. Remacha le volvió a abrir el siguiente hito: la necesaria recuperación del antiguo patrimonio musical español. No sólo tenía que ser intérprete sino un investigador de la música, un musicólogo. Le recomendó que se dedicase a los clásicos italianos, a Frescobaldi, como había sabido él descubrir en sus años en Roma, en plena Italia fascista de Mussolini. Había un autor español que estaba casi por descubrir públicamente, estudiar, interpretar y grabar: **Antonio de Cabezón**. Hasta ahora, a Baciero le había fascinado Bach como culmen de las escuelas anteriores, pero también, desde entonces, fue descubriendo a Cabezón o a Correa de Arauxo. “Entablamos una gran amistad [con Remacha] —indicaba Baciero—, que prendió rápidamente en una cantidad de cosas en común. Él fue la primera persona que me enseñó piezas españolas del siglo XVI, de Cabezón, etc, facilitándome sus partituras (entonces no había casi música publicada de estos compositores). Como yo me había interesado ya en Viena por el teclado italiano anterior a Bach y



Con la Reina Sofía. Madrigal de las Altas Torres. 1992. Con Luís Yáñez, Adolfo Suárez y Juan José Lucas. Nombramiento de la Reina como alcaldesa perpetua de Madrigal.

andaba rondando esos autores. Cabezón supuso para mí una aparición providencial, al igual que Correa de Araúxo, Aguilera, Cabanilles, etc. Me interesé inmediatamente en estudiarlos a fondo e incluirlos en mis conciertos”. Esa dimensión musicológica e investigadora, no podía concebir su trayectoria musical como una carrera de obstáculos de un concertista, que pretende ser siempre el mejor. Descubrió un filón, desde el primer contacto con esa música de gran calidad, esencialmente hispánica, muy castellana. Baciero se volcó en este estudio, en contra de lo que sus maestros en Viena le decían, pues además también los dio a conocer allí.

Se encontraba en España en una tournée y recibió una carta de su última patrona en Viena. Le anunciaba que iba a tirar la casa en la que vivía y que en los próximos meses la tenía que dejar libre. Él lo vio como una señal. Era una casa maravillosa del siglo XVII, llena de pasillos y corredores, en la que le parecía vivir casi en la época de Mozart. Eso sí, tenía que llegar a ella por calles sombrías dedicadas a la prostitución y por el antiguo gueto judío. Amueblada con piezas maravillosas de principios de siglo, realizada con grandes maderas. Aquel ambiente fue recordado por **Federico Sopena** en una estancia de diez días en la capital austriaca. Cuando lo hacía, con el entusiasmo del viaje narrado —“diez días entre la música de Viena”— Sopena indicaba que aquellos muebles eran los de Rainer María Rilke, nacido en Praga en pleno Imperio de Austria-Hungría aunque murió en Suiza siendo uno de los poetas más importantes en alemán, “rebelde y trashumante”:

“En muy viejo barrio de Viena —describe Sopena en “Diez días entre la música de Viena”—, al otro lado del canal una inmensa casa de patio y de corredores. Al entrar en el patio hay un par de viejas y unos cuantos perros, perros grandes, luchadores y cariñosos, con heridas; caballos para los pequeños,

que acuden corriendo para saludarnos. Arriba, un modestísimo departamento, pero en el estudio, bajo de techo, viejo, maravillosos muebles antiguos de caoba y bronce, y silencio, milagroso silencio. Desde la ventana, chimeneas, palomas, ropa tendida, ladridos lejanos de perros. Está muy cerca la iglesia y el hospital; entre ese mundo de trabajadores, de pobres, pasa y saluda una persona descuidada y distinguida que está el día entero, allí, en su cuarto ¿La vida de Rilke? No; que en el cuarto hay un gran piano “Bösendorfen”, el piano de las dulzuras. Quien está allí con Mozart, con Chopin, con Brahms, es un becario español que trabaja. Ni en su casa española, ni en el Conservatorio pudo estudiar en un piano sobre el cual pudiera construirse el sonido, esa forma del aire que es la razón de la música misma. En su casa, sí, habrá criada, comida en la mesa, corbata en la calle y trato de señorito. Aquí ha de comer a lo pobre, no comer algún día, comer menos siempre y siempre de prisa porque siempre hay un concierto que debe escucharse. Es la pobreza que Rilke tanto quería, la pobreza personal, el mirar en torno para ver la paloma, la caoba, el bronce y las pobres gentes, para aprender de ellas la fuerza de la vida y la muerte como algo personal. Y, claro está, el Antonio Baciero, cuajado de premios en el Conservatorio de Madrid, que tocaba como con rayos y centellas, nada tiene que ver con este Antonio Baciero que me hace oír un Mozart maravilloso, “sonidos” sólo; un Chopin terrible y exacto, exacto como los dibujos de esos muebles de caoba; terrible como el mundo que deja en el patio y que se adivina en el hospital. Cuando vuelvan, lo más tarde posible, traerán al mundo nuestro, al mundo español, lo único que puede sanar nuestros conciertos, los pasillos de los Conservatorios, la misma crítica musical: el misterio al que sólo se llega a través de la riqueza de hacerse pobre, a través de desnudarse del mundo burgués para encontrar el señorío desde el cual Mozart, pero también Schönberg, valen; Wagner, quizás no...”¹.

¹ Federico Sopena Ibáñez, “Diez días entre la música de Viena”, Separata del trabajo publicado en Cuadernos Hispanoamericanos, 131, Madrid, 1960.

Fue un encuentro divertido y casual, entre el gran factotum cultural y musical que era Sopena y Baciero, en el extraordinario concierto que se celebró con ocasión del centenario de Gustav Mahler en 1960. Se había colado el joven músico presentando una de las muchas entradas del mismo color que le daban en el Conservatorio aunque tuvo que aumentar la propina que al acomodador de la parte superior le entregaba habitualmente. Se vieron en el descanso de aquel concierto, donde se interpretaba la *Sinfonía Incompleta* de Schubert y la *Cuarta* de Mahler con **Elisabeth Schwarzkopf** como solista, bajo la magistral dirección de **Bruno Walter**, ya retirado en Estados Unidos, discípulo y sucesor, precisamente, de **Gustav Mahler** y que falleció al año siguiente. En realidad, lo recordaba Baciero como un momento emblemático: “nunca la Fi-

larmónica de Viena, dijeron, sonó tan bien”. Pensemos que Bruno Walter dirigía por vez primera en Viena tras haber sido expulsado por judío en años anteriores. En este momento de rescate, el alcalde de Munich le entregaba la medalla de oro de aquella ciudad. Aquel concierto fue revelador, con un intérprete exquisito que siempre le interesó, donde desarrolló por su parte una mezcla de picaresca estudiantil, unida a una remembranza antigua que se fue configurando en su carrera. Después de una casa así, en la que vivió Sopena con él aquellos días fugaces, no podía encontrar otra parecida. Había llegado la hora de abandonar Viena. Dejar atrás aquellas dos habitaciones donde podía vivir, recibir a gente, estudiar. No quería tampoco vincularse más con esta capital pues el siguiente paso sería ya para siempre.



En la Misión de Santa Ana en Chiquitos con su esposa Mari Nati de Santiago

En aquellos mismos momentos, Fernando Remacha realizaba la *Colección de 50 canciones antiguas* gracias a otra beca de la Fundación Juan March. Sopena, llegará a definir a Baciero como “el más original de los pianistas actuales”. Este sacerdote y crítico musical era un hombre de amplísima cultura, una gran personalidad intelectual que se plasmó en una veintena de libros como aquella *Historia de la música*, además de *Música y literatura*. Fue director de la Academia de España en Roma, catedrático de Estética y de Historia de la Música del Real Conservatorio de Madrid. En los años cincuenta fue vicerrector de la Iglesia española de Roma, fue miembro fundador de la Academia de Europa y director de la Academia de Bellas Artes de San Fernando desde 1988. Su designación como director del Museo Nacional del Prado fue polémica, ya que el subdirector, Alfonso Pérez Sánchez, consideró que un musicólogo no era el más adecuado para esta tarea. Sopena manifestó que pretendía hacer del Prado “un centro de cultura viva”. Él ya había publicado estudios sobre varios pintores, además de los voluminosos *Música en el Prado* y *Picasso y la música*. Semanas antes de su muerte, en mayo de 1991, recibió el Premio Castilla y León de las Ciencias Sociales y las Humanidades.

LOS OJOS Y LAS MANOS DE ANTONIO DE CABEZÓN CUATRO SIGLOS DESPUÉS

Era el momento de iniciar una nueva etapa. Pensaba Antonio Baciero que cobraba mucho sentido poder estudiar en el ámbito campestre pero en España. Todavía habría de vivir en febrero de 1965 en casa de un amigo en Munich, pues hasta el mes de marzo no tenía unos conciertos en España. Su tío José María Sánchez de Muniaín pensó que el lugar adecuado que buscaba su sobrino músico era el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde tenía muy buenos amigos y podría ser entre los frailes agustinos. Dentro del edificio histórico había un ámbito que era conocido como “La Ciudad de Dios”, donde se podría meter un piano de cola para poder estudiar, encontrando el habitáculo de morada en la vecina Universidad María Cristina, en la cual podría tener habitación y comer. Proyectaba de esta manera la idea de Bécquer de vivir en un monasterio. Finalmente, no se llevó a cabo aquella experiencia y, a través de nuevas amistades, se orientó hacia la población extremeña de Villar de Plasencia, entre Hervás y las proximidades de la ciudad episcopal. Aquel espacio llegaba de la mano de su amiga **Amalia Sempere**.

De nuevo, salía con la casa a cuestas en un trenecillo que partía de la madrileña estación decimonónica de las Delicias de Madrid. Un tren de juguete que fue surcando paisajes radiantes en el mes de mayo de 1965, en esa España recóndita y solitaria, como lo era la estación de Villar. Habría de dirigirse, no lejos de allí, a un edificio similar a una fonda o figón, sacada de una escena de *El Quijote*, en un cruce de caminos, en el cual no se oía nada. Detrás de un portón enorme, descubrió una figura casi románica, en una silla muy bajita. Una mujer anciana que estaba contando garbanzos. Baciero lo narra con la minuciosidad de las descripciones de los grandes episodios, casi tan trascendental como su tiempo prolongado en Viena:

“¿Doña Soledad García viuda de Muñoz?

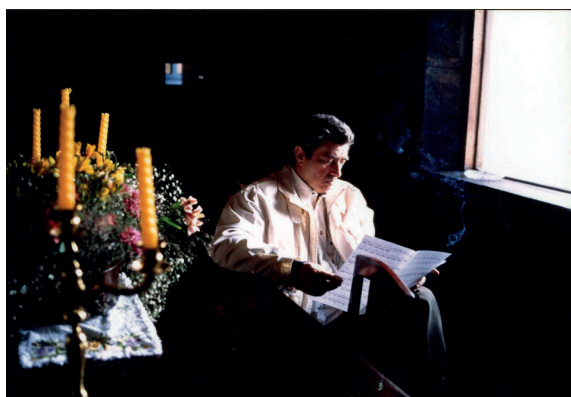
Y usted es el pianista, respondió la mujer sin dudarle.

Lo estaban esperando. Conoció la cabaña que le habían ofrecido, algo distante de la posada y todavía más solitaria. Era como aquella iglesia franciscana de San Damián, signo de la conversión de san Francisco de Asís cuando creyó escuchar aquella voz que decía: “Francisco repara mi Iglesia”. En aquel espacio casi no había luz pues ésta no podía entrar nada más que por una única y pequeña ventana, sin que faltase una chimenea y un catre para dormir. Fueron tantos los ruidos del campo, en aquella primera noche, que decidió Antonio que su deseo de ser ermitaño de la música y encontrar el espacio retirado para estudiar a Cabezón no tenía que ser tan radical y extremado. Durmió en aquella casa de posada de doña Soledad, en todo un escenario de los tipismos hispanos, con comidas maravillosas y sabrosos cocidos, saboreados en un comedor presidido por las tradicionales escenas de la “Sagrada Cena”. Por entonces, Baciero era un



En la antigua Misión jesuita de Concepción. Chiquitos. Bolivia, con Hans Roth 1993.

joven de veintinueve años muy delgado que hasta le hacía ilusión engordar. Aquella estancia tan esencial para encontrarse con el maestro Cabezón que habría de venir después, alcanzó hasta el mes de septiembre de 1965. En octubre pasó por unos conciertos en Alemania, con estancias un poco improvisadas. Grababa en Radio Nacional. Y fue en la Sociedad Cantar y Tañer donde conoció en 1965, por medio de **Helga Drewsen**, a un hombre internacional, **Santiago Kastner**, en vísperas del centenario de la muerte de Cabezón. Tuvieron una gran conversación en la Plaza Mayor de Madrid después de haber aprendido todos los *Tientos* de Cabezón en Villar de Plasencia. Kastner solamente podía hablar con Baciero de esos temas. La oportunidad se abría a la celebración de esta conmemoración histórico-musical juntos: “Kastner —reconoció Baciero a Maruxa Baliñas— daría las conferencias con un clavicordio y yo haría al piano los conciertos que las acompañarían. A Kastner le interesó mi idea de conseguir unas versiones con la flexibilidad y recursos del piano moderno como potenciador del mundo del clavicordio. Mantuve una gran amistad con el gran musicólogo hispanista durante toda su vida y participé luego en varios homenajes que se le hicieron como el de Palencia [1991] en el que di un ciclo de cuatro conciertos con músicas, muchas inéditas, procedentes de Palencia, cuyo archivo él había estudiado exhaustivamente”. Se trató de una de las obras más notables de Santiago Kastner, *Palencia, encrucijada de los organistas españoles del siglo XVI*.



En la Hacienda de San Agustín, Ecuador, frente al Cotopatchi, 1994.

Y aprovecharon la inauguración del Teatro Real de Madrid para presentar dos programas con obras de Antonio de Cabezón. Tuvieron una gran resonancia y junto con **Nadia Boulanger**, Baciero obtuvo el Premio “Juventudes Musicales de Madrid”, reconociendo así lo que se consideraba mejor interpretación de la temporada. Un centenario de Cabezón en Madrid con Kastner que lo subvencionó Jesús Huarte. Entendió Baciero que este músico del siglo XVI fue “uno de los genios más preclaros de la historia musical y, además, profundamente hispánico. Cabezón —continúa el musicólogo arandino— representa el fluido más inmaterial de una época grande: la transición entre el Renacimiento y el Barroco. Conocer y profundizar en Cabezón es ahondar en pura mística, en el centro mismo del arte de los sonidos”.

Poco tiempo después conoció a su primera mujer, Raquel Fábrega, una estupenda pintora que acababa de terminar Bellas Artes en Madrid, en una inquieta promoción de la Escuela que acababan de finalizar un viaje de Estudios por Egipto. Tocaba el piano y la guitarra. Se casó en 1967. Viajaron ambos inmediatamente a Alemania. Allí nació su hijo Franz, así llamado en honor a Schubert. Pero la familia volvió a España donde tenía más vínculos. Gracias a su suegra, en la colonia de El Retiro, descubrieron una casa de tipo vasco, que perteneció en tiempos a una colonia de ferroviarios. Allí había vivido Juan Ramón Jiménez. Eso sí, en algunos de los veranos Antonio Baciero volvía a Villar de Plasencia.

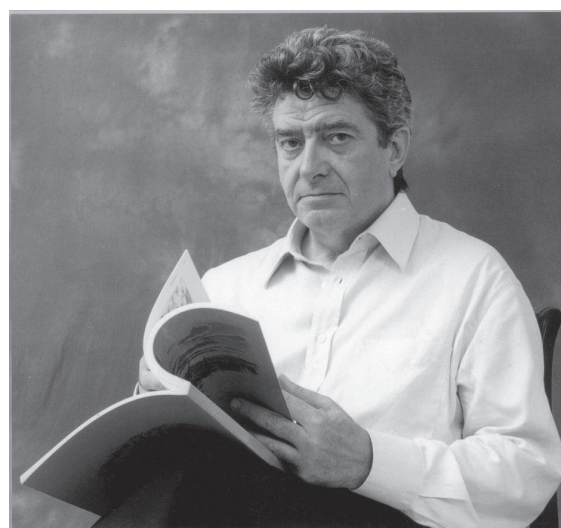
CONJUGANDO LA HISTORIA: DE CABEZÓN A LA MADRE LUISA DE CARRIÓN

Investigación, actividad concertística y grabación. El primer trabajo discográfico de estas características fue la *Obra completa de Antonio Cabezón*, que se extiende a lo largo de quince discos, disponiendo para su grabación de órganos históricos españoles, piano moderno pero también instrumentos originales pertenecientes a distintas instituciones culturales europeas. Fue el caso de los Museos Instrumentales de Londres,

Nüremberg y París. La edición realizada con Hispavox recibió el Premio Nacional del Disco y el propio de la Revista “Ritmo” aunque estuvo también nominada la versión para el Premio Mundial del Disco de Montreux: “al principio de los 70 me planteé hacer una antología de Cabezón. Iban a ser ocho discos pero al ver el interés que despertaba la idea en los museos instrumentales europeos, propuse a la entidad patrocinadora su ampliación a «Obra completa», cosa que sólo les interesó si con ello no les aumentaba el presupuesto. Fue difícil pero se consiguió... no sin las consiguientes dificultades para mí, porque tuve que grabar los quince discos ajustándome a las horas de grabación convenidas inicialmente para ocho [...] en cualquier caso, aprendí mucho con aquella producción y cuando oigo algo de ella recuerdo principalmente aquellos años de juvenil entusiasmo e idealismo frente a todo”.

Confiesa Baciero que en Viena ya se tenían muy presentes los instrumentos antiguos. Sin embargo, para él, interpretar la música de Cabezón en ese soporte era “como una representación añadida del alma y la estética castellana”. Pero también le fascinaba cómo aquellas piezas podían sonar en el piano y, por eso, realizó recitales Cabezón-Bach, considerándoles las “dos puertas del Barroco”. Y naturalmente, Baciero puso sus límites: “hoy hay mucha frivolidad en la incorporación y mezcla de instrumentos. En ocasiones parece que con tal de que sea “antiguo” todo vale. Se combinan técnicas e instrumentos antiguos con otros más modernos, de diferentes países o épocas, instrumentos que nunca coincidieron entre sí. Hay mucho esnobismo. Antes, los músicos eran más serios”. Se muestra satisfecho con respecto a estos trabajos aunque no ha eliminado la crítica: “pienso que el cultivo de estas músicas y de los instrumentos antecesores del piano han enriquecido notablemente mis conocimientos y recursos pianísticos”. Grabada esta “Obra Completa”, después fue interpretada de nuevo a lo largo de recitales incluidos, por ejemplo, en el “III Ciclo de Grandes Autores e Intérpretes”. Éstas y otras grabaciones se realizaron con firmas tan prestigiosas como RCA, la mencionada Hispavox, Telefunken-Decca ó Etnos.

Antonio Cabezón formó para siempre parte del repertorio de Baciero de manera muy señalada. Se produjo una simbiosis entre ambos músicos, entre protagonista e intérprete que al mismo tiempo era musicólogo, adoptándose incluso su familia. Una de las personas que habla de una forma más divertida del gran personaje que fue la **madre Luisa de Carrión** en el barroco sacralizado español, nieta del maestro Cabezón —por ser hija de Jerónima de Cabezón y Juan de Colmenares—, es precisamente Antonio Baciero.



Antonio Baciero, reconocido Premio Castilla y León de las Artes

Con ocasión de uno de los homenajes de la Junta de Castilla y León para con Antonio Cabezón, se programó un concierto del mismo en la localidad natal del músico del siglo XVI, Castrillo de Matajudíos, en la provincia de Burgos, en las cercanías de Castrojeriz, donde nació en 1510. Desde muy niño, Antonio de Cabezón fue ciego, según declaró su hijo Hernando en la edición de sus obras en 1578. Se desconoce su formación musical aunque uno de sus contemporáneos, Luis Zapata, lo ubicó en la vivienda de un obispo de Palencia antes de comenzar su servicio en la Corte. Y es que desde 1526 fue organista de la capilla de la nueva emperatriz Isabel de Portugal. Doce años después simultaneó este servicio con el de músico de cámara del Emperador; en vísperas de la muerte de doña Isabel. En estos ámbitos, Antonio de Cabezón pudo

conocer la producción musical más selecta que se estaba efectuando en torno a Carlos V. Dice, precisamente, este testigo —Luis Zapata—, que casó “por amores”, que no era la causa principal del matrimonio —más concebido entonces como negocio— con la abulense Luisa Núñez, estableciéndose en Ávila el domicilio familiar. El prestigio de Cabezón en 1539, el año del fallecimiento de la emperatriz Isabel, se encontraba muy extendido. Y así, Cristóbal de Villalón, en su *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente* afirmaba que este músico había “hallado el centro en el componer”. Tras los cambios vitales en la familia real, Cabezón pasó al servicio de las capillas del príncipe Felipe y de sus hermanas María y Juana, hasta que el heredero de la corona recibió la encomienda de la regencia ante la ausencia de su padre, dedicándose Cabezón únicamente a su deleite musical. Estaría el músico en la primera boda de don Felipe en Salamanca, en la Corte que se trasladó a Valladolid, en Madrid después y en aquel “felicísimo viaje” destinado, en 1548, a que los territorios europeos de Italia y del Norte conociesen a don Felipe como presumible nuevo heredero de la Monarquía de España. Tres años los que discurrieron de Cabezón por Italia, Alemania, Luxemburgo o Países Bajos. Cuenta de todo ello aportó el cronista del viaje, Juan Calvete de Estrella, que subrayó la admiración que causó Cabezón en Génova. Cuando regresaron a Castilla, se le otorgó permiso para que residiese en su domicilio familiar después de tantos servicios a las personas reales.

Sus viajes no pararían aquí pues se volvió a integrar en el séquito de don Felipe cuando viajó a contraer matrimonio con la reina de Inglaterra, María Tudor, pasando después a los Países Bajos, aunque para entonces ya estaba acompañado de su hermano y de uno de sus hijos, Agustín, que cantaba. Cuando Felipe ya era rey de España continuó manifestando su estima hacia el músico burgalés, con presencia de un retrato suyo, realizado por Alonso Sánchez Coello, en el Alcázar Real de Madrid. Con un notable sueldo, se le concedían permisos aunque continuamente volvía a ser llamado, en esta ocasión por el príncipe Carlos, el problemático hijo y heredero de Felipe II. Conocía en septiembre de 1556 el nacimiento en Ávila de su nieta Luisa, a la que inmediatamente nos referiremos. No estamos hablando solamente de un músico, de

un intérprete, de un compositor, sino de un autor reconocido por los tratadistas que hablaban del arte de tañer. Tras su muerte en Madrid, en 1566, el Rey procuró que sus familiares estuviesen a su servicio en la Corte. Su hija Jerónima, por ejemplo, permaneció junto a la reina de Bohemia y su hijo Hernando continuaría como músico al servicio del Rey. El intenso colaborador de Baciero en su redescubrimiento y gran musicólogo, Macario Santiago Kastner, indicaba en *The New Grove Dictionary of Music and Musicians* que Cabezón se encontraba entre los “principales intérpretes y compositores de tecla de su época. Su música se enraiza en la tradición instrumental española, pero fue considerablemente influido por Josquin [Josquin des Prez], particularmente en su comprensión de la armonía y el contrapunto. Las innovaciones de Cabezón desarrollan determinadas formas musicales, pero, más importante, consiguió



Iglesia de la Compañía de Quito, 1994

crear texturas idiomáticas que muestran la característica esencial del órgano y el clavicordio. Cultivó una vocalización instrumental totalmente balanceada, clara y pura, al mismo tiempo libre de retórica vacía y de figuración estereotipada”².

El estudio de la familia de Cabezón le condujo hasta conocer que su fascinante nieta era una monja clarisa a la que se la atribuían, en el siglo XVII, notabilísimos poderes taumatúrgicos, moradora como fue del convento de Santa Clara de Carrión de los Condes, profesada bajo el nombre de **sor Luisa de la Ascensión** y procesada por el Santo Oficio. Aunque la Madre Luisa murió en Valladolid, en un convento de agustinas por disposición del tribunal de la Inquisición, su cuerpo terminó trasladándose a su primitiva casa. Hasta allí viajó Baciero para conocer si existía en el mismo un órgano de la época donde poder interpretar la música de su abuelo. A eso lo he llamado “conjuguar la historia”, buscarla en los mismos lugares donde pudo suceder o quizás no, y si no ocurrió así, propiciarlo. Le contaron al maestro arandino que el cuerpo de la madre Luisa fue situado en el espacio más húmedo, para lograr la putrefacción más rápida del mismo. Curiosamente, encima de ese espacio estaba situado el órgano que pudo utilizar. Eso sí, con la participación imaginativa de alguna monja, ésta ya del siglo XX, en cierta visita se dirigió a Antonio y le preguntó:

“¿Usted quiere ver a la madre Luisa?”

Y sin esperar respuesta, se alzó hacia un relicario y tomó entre sus manos un cráneo

“Pues aquí está la Madre Luisa”, aseveró la monja contemporánea mientras giraba el objeto tomado con sus manos hacia ambos lados.

Esa anécdota no sólo se la he oído contar sino escenificar a Antonio Baciero en repetidas ocasiones, casi como si hubiese participado en las intensas controversias que se desarrollaron entre los inquisidores y el obispo de Valladolid, fray Gregorio de Pedrosa, muy fervoroso defensor de la madre Luisa; cuando su cuerpo fue sacado en secreto de esta ciudad levítica del Pisuerga y conducido a Carrión... con todo los jesuitas estaban de por medio, informando en sus cartas sobre tamaña polémica, digna de los telediarios de la época: “Relación de la cavsa de soror Lvisa de la Ascensión, monja del Conuento de santa Clara de Carrión, que se da para calificar”, cuidadosamente encuadrada en granate, con las iniciales de M.L. Antonio Baciero, en una de nuestras conversaciones vino con este tomo y me indicó imperativamente: “es para ti”. Son los atractivos deberes que me pone Antonio para la investigación histórica.

LA SINGULARIDAD DE CADA CONCIERTO, SENTADO AL PIANO

El Madrid de los setenta y ochenta es floreciente con los aires nuevos de la democracia, con nuevos organismos para la cultura. Nunca le ha preocupado a Antonio Baciero la política, cosa absolutamente de otros. Ha venido persiguiendo otro mundo, el de los ideales, seguir una vocación con proyección, sin pensar en los réditos económicos, dando prioridad a otras cosas. Nuestro músico define cada concierto como un acto único en el cual la música, según fluye, muere. “El concierto como espectáculo no me parece demasiado interesante. Yo tengo otras miras que el lucimiento. La música es algo más íntimo. Me parece que el instrumentista debe ser ante todo un servidor de la música, no el centro de atención; lo importante es el com-

² Miguel Bernal Ripoll, “Cabezón, Antonio de”, en Diccionario Biográfico Español, t. X, Madrid, Real Academia de la Historia, 2009, pp. 109-112.

positor y su mundo, el revivir auténticamente una obra, aquí y ahora”.



Con Miguel de la Quadra en la Misión de San Rafael, Bolivia, agosto 1996

Con todo existen circunstancias y condicionantes de todo tipo que también, desde lo emocional y subjetivo, pueden dar a una actuación un protagonismo propio. Indicaba este músico e investigador que recordaba con especial cariño su primer concierto en la Unión Soviética, celebrado en 1980, en la espléndida Sala de la Filarmónica de Leníngrado. Presentaba un público rebotante de fervor y concentración, acercándose la gente hacia el escenario para entregarle una rosa y continuando, en sus muestras de afecto, por la calle. Baciero, como describimos, vivió los tiempos duros de la posguerra en Viena, al mismo tiempo que en Hungría se producía la revolución de 1956. Por eso, en aquel momento pudo experimentar lo que representaba la música para aquel pueblo que vivía bajo el régimen soviético. Mucho más íntimo se presentó el concierto celebrado en el “Museo-Casa Wagner”, en Tribtschen, en el lago de Lucerna. Era 1994. Era un salón de una magnífica mansión, que se encontraba rodeado de muebles, objetos, cuadros y partituras, junto con el piano espléndido de Wagner, aquel que le había regalado el constructor germano-francés Erard. El programa establecido incluía una página que entonces se hallaba inédita de Franz Liszt y que el propio Baciero había transcrito del autógrafo que procedía de la Morgan Library de Nueva York e interpretada dentro de un ámbito que visitó el propio compositor en 1870.

La música resulta una pieza esencial para las conmemoraciones históricas, sobre todo cuando éstas eligen los escenarios propios de los acontecimientos. Ocurrió en los Inválidos de París, el “Kunsthistorisches Museum” de Viena o la Catedral de San Petronio en Bolonia, la ciudad donde fue coronado por segunda vez el emperador Carlos V. En este último concierto “incluía junto a autores españoles y flamencos, varias piezas italianas que había buscado yo mismo en la biblioteca de aquel Conservatorio”. Así fue recordado con motivo del quinto centenario del nacimiento del monarca en 2000. Si se trataba de recordar a Johann Sebastian Bach, con motivo del tercer centenario de su nacimiento en 1685, la localidad elegida para el concierto fue Leipzig. Schubert no murió en Granada pero fue conmemorado en 1978 en el Patio de los Arrayanes de La Alhambra. A veces, el concierto superaba la mera interpretación, como ocurrió con Chopin en Radio Varsovia y para 1999, con un disco en directo. En torno a Mozart, Baciero que llegó a Viena en el año del bicentenario, ha vuelto a repetir ciclos más extensos en 1991 y en 2006. Tampoco faltaba todo recuerdo al mencionado Antonio de Cabezón. Resulta de gran singularidad las interpretaciones en el Archivo General de Simancas con motivo del cuarto centenario de la muerte de Felipe II en 1998, en su sala Juan de Herrera. Si se trataba de recurrir a las fuentes Hispano-Americanas, Baciero acudió a la Catedral de Granada, en un concierto del Festival Internacional, a dos pasos de la tumba de los Reyes Católicos, es decir de Isabel La Católica, en la Capilla Real. La gran melómana que es la reina Sofía de Grecia y el aprecio que siente la soberana por la interpretación de Antonio Baciero ha llevado a presidir distintas interpretaciones en la Real Academia de la Historia o en el Teatro Real de Madrid.

En su labor de musicólogo y de intérprete que edita, graba y presenta obras de autores españoles, Baciero ha escogido para aquellos “alumbramientos” lugares como el Museo Nacional de Escultura de Valladolid en 1979 y 1985, la Biblioteca del Congreso en Washington —también en 1985— o en el Conservatorio “Tschaikowsky” de Moscú, con motivo de su primera visita en 1980 a la URSS. Dentro de este ámbito de renovación e investigación del re-

ptorio han destacado las colaboraciones con el Metropolitan Museum de Nueva York con su espléndida colección de instrumentos históricos o los conciertos de órgano de las Catedrales de Toledo, Burgos, Salamanca, México o Guatemala.



En Zelazowa-Wowa, Polonia 1999

Los trabajos musicológicos le han conducido también, en la búsqueda de repertorios, a las misiones y reducciones jesuíticas de la antigua provincia de la Compañía en Paraguay y las que hoy se pueden recorrer en la Chiquitania de Bolivia. Conciertos que no se redujeron a su periplo por aquellas tierras pues volvió a recordar estas piezas circunstanciales a veces, espontáneas otras, didácticas, anónimas o vinculadas con los jesuitas Domenico Zipoli y Martin Schmidt, en el Real Colegio de Ingleses en mayo de 2014, con instrumentos originales de su propiedad, órgano de cámara y clave, recuperando la edición de aquellas notas amplias al programa de febrero de 1994 y que se convierten en un auténtico texto de referencia para el estudio de las misiones jesuíticas del siglo XVIII:

“La escasez de manuscritos de música de teclado es proverbial —escribe Antonio Baciero— y su búsqueda constituye una aventura en la que la proporción con las de música coral y vocal podría estar de uno a un millón. El caso más habitual es el no encontrar nada de teclado anterior a 1860 o 1870, agudizándose hasta el infinito esta penuria en lo concerniente a Hispanoamérica. Por ello, el encuentro con materiales de esta época de Misiones, es un acontecimiento excepcional, además de su alta significación histórica. Con relación a estos manuscritos clavecinis-

ticos debe destacarse la Misión de San Rafael, de donde procede su mayor parte y donde había sido párroco el jesuita suizo **Martin Schmidt** (1694-1772), una de las figuras más brillantes de las que se tiene referencia, arquitecto y músico, esta última dimensión en parte autodidacta a la que él mismo se referirá en las cartas a sus familiares en Suiza. Como en otros fondos coetáneos españoles, se aprecia una fuerte presencia italiana, apareciendo simultáneamente representado otro jesuita —**Domenico Zipoli** (1688-1726)—, cuya presencia allí es general [...]

Los cuadernos de música misionales son evidentes testigos de la huella dejada por esa época que, pese a su emblemático esplendor, no sobrepasó allí el espacio concreto de 57 años. Unos vestigios musicales que denotan cuán importante habría sido la masa documental disponible de no haberse destruido tantos archivos, libros y obras ocurridas en aquella “edad de oro” truncada [...] «No transcurre ningún día sin que se cante en nuestras iglesias... —transcribe Baciero una carta del padre Schmidt— y yo canto, toco el órgano, la cítara, la flauta, la trompeta, el salterio y la lira tanto en modo mayor como menor. Todas estas artes musicales que antes desconocía en parte, ahora las practico y las enseño a los hijos de los indígenas. Vuestra Reverencia podría aquí observar cómo chicos que fueron arrebatados hace solo un año a la jungla junto con sus padres, salvajes, cantan hoy bien y absolutamente firmes en el compás, tocan la cítara, lira y órgano y bailan con movimientos precisos y tan rítmicamente que pueden competir con los mismos europeos» [...]

Numerosas obras de nuestro programa [del propio de Baciero en 1994 y el que realizó veinte años más tarde en los Ingleses de Valladolid] tienen un nombre o frase como título, costumbre que responde a la conveniencia de aumentar un atractivo mezclando al ingenuo goce del hecho musical en sí un contexto de asimilación cultural sui generis. Algunos de sus títulos —*Lágrimas*, *Suspiros*, *Veranillo*—, subrayan una cierta psicología descriptiva mientras otros son funcionales —*Para la entrada del Obispo en la iglesia*—

mientras que se aprecian también denominaciones de puntual alusión histórica —*Entrada de la Princesa en Madrid, Reina de Ungría y Bohemia coronada*— [...] La mano indígena está también presente en piezas lejanas a un criterio conceptual de tipo europeo, brillando en ellas una cierta “osadía a la sencillez”, en los diversos estadios en aquella educación musical colectiva y su proceso de “animación creacional”, incluidos los propios misioneros, que debieron familiarizarse in situ con necesidades concretas, proveyendo piezas y cantos para el uso [...]



Museo Cerralbo de Madrid.
Madrid, mayo 1991

La ciudad de Córdoba en Argentina, guarda en su “Museo de Sobremonte” un pequeño dieciochesco órgano de cámara, presumiblemente el usado por [Doménico] Zipoli allí. Curiosamente, se trata hasta la fecha del único órgano antiguo conservado en Argentina. Tuve la rara ocasión de tocarlo en la inauguración de su restauración el 27 de mayo de 1993 [...] El mueble, de carácter muy “casero” ha sido probablemente reacoplado por traslados y otros avatares, manteniendo sin embargo todavía hoy la afinación mesotónica original [...] La escena del superviviente violín flotando sobre el río en la película *La Misión* de alguna manera nos ha guiado en las inolvidables estancias de trabajo, en las amigables tierras chiquitanas, revividas y renovadas, todavía fronterizas del Tratado de Tordesillas de 1494”.

Si se trataba de estudiar el ámbito conventual de santa Teresa de Jesús, Baciero es el gran investigador de su primera morada carmelitana en el monasterio de La Encarnación de Ávila. Allí impulsó la restauración del Realejo más antiguo de España. Era en 1983. La propiedad de este instrumento era atribuido, por las propias monjas, a la misma santa reformadora, hipótesis que el mismo Baciero consideraba discutible. Todo ello lo plasmó en un bellissimo libro, editado en aquellos momentos. Efectuó las correspondientes grabaciones, conciertos que posteriormente fueron incorporados, entre 1987 y 1992, a los *Cursos de Formación de Historiadores* de la Fundación “Sánchez-Albornoz”.

Como indica el propio Baciero, estas vivencias se complementan y enriquecen con el escenario y la ocasión de la música aunque el mayor placer que reconoce el propio músico es sentarse ante un piano e iniciar un recital con partituras de Bach, Mozart, Schubert, Chopin o Liszt, todas ellas a menudo en su memoria sin necesitar en su interpretación del soporte del papel: “el piano y su repertorio básico siempre te hace volver a sentirte un verdadero y empedernido romántico, un Romanticismo que en interpretación debe saberse plegar y compenetrar con estilos, instrumentos y ambientes, siempre tan extraordinariamente diversos”. En **Bach**, que extraordinariamente no conoció piano alguno, confluye una síntesis enorme de la que Antonio de Cabezón, desde el siglo XVI, no es ajeno. Él no lo supo, por supuesto. Bach es el cosmos que no se comprende porque aún el equilibrio y la sabiduría y es un personaje lleno de sentimientos, según nos ha explicado Antonio Baciero. Cuando éste interpreta las *Suite francesas* que compuso para que estudiaran su mujer y sus hijos, es posible descubrir el ámbito vital de este genio, en medio de un universo doméstico, lleno de ruidos infantiles e incomodidades, que además de cumplir con las obligaciones de sus mecenas y sus príncipes con obligaciones fijas, en su vida privada tenía espacio para recrearse con música que improvisaba y con la que se recreaba. Es una música surgida desde la calidez, desde el sentimiento íntimo y amoroso. “Tocando a Bach —indica **Wolf-EBehard von Lewinski**—, Baciero se manifiesta libre

de todo manierismo estilístico, llevando cada nota su propia vitalidad, haciendo uso de un sonido, ya marcadamente enérgico ya redondeado, vehículo de una excitante vibración interior. Somos confrontados con una visión de Bach, tan personal como claramente reflejada, a cuya decisión y poderío es difícil sustraerse”.



En el estudio de Valladolid, 2010

Y así, sentado al teclado, Baciero va desgranando los hitos de su repertorio. Confesaba, en medio de aquel “Jardín de las Delicias” de su estudio, que conoce mucho menos a **Haendel**. Lo reconoce como uno de los grandes aunque piensa que Bach es mucho más diverso, repleto de rincones líricos. Haendel, sin embargo, es mucho más formulario. **Henry Purcell** es una estrella fugaz pero es un genio maravilloso. **Buxtehude** se presenta como uno de aquellos planetas que rodeaban al sol en una Alemania, que es un país de reglas, donde el mundo doméstico estaba regulado por un tipo de formación seria en el que la música tenía mucha importancia. **Doménico Scarlatti**, sin embargo, es siempre fácil, otorgado por el ambiente del sur desde una calle saludable.

Como auténtico profesor de la música, de su creación, de su contexto histórico, Baciero nos indica que **Mozart** viene de otro encaje cultural, mezcla del sur y del norte, de Alemania y del mundo italiano. Salzburgo es un universo propio: “Mozart siempre es fascinante y peculiar, diferente, agotador. Parece haber sido un sujeto le-

jano a toda normalidad, Pertenece a otra galaxia. Puede que sus condiciones naturales para la música fueran superiores incluso a las de Bach. Pero además era un hombre de lucha, socialmente activo, revolucionario y de una fertilidad de ideas inimaginable e inigualable. Alguien cuya música tiene siempre el sello de la más alta genialidad y eso se nota hasta en sus múltiples detalles, en los más contrapuestos o exóticos”. Cuenta con un padre que le ha ilustrado, que le ha formado en los primeros días de su infancia. Mozart vive —explica Baciero— trece mil noventa y siete días, con un importante porcentaje de ellos gastados en viajes: en total tres mil setecientos veinte, existiendo muy pocos días hábiles para trabajar con esa producción tan amplia. Él estaba enamorado de Italia, quería volver a ver Italia, después de sus viajes triunfales en los que todo el mundo se volvía loco ante un muchacho que rompía todos los esquemas. Se plegó a todo tipo de encargos y oportunidades pero además quería conquistar su libertad como artista. Es muy complicado enjuiciar a Mozart, siendo una persona contrastada, sorprendente, con un sentido del humor singular, divertido, con casi veinte mil páginas de música, acoplándose a las circunstancias de la tesitura de unos cantantes. Los conciertos de piano son de verdadera genialidad, especialmente los dos en tono menor, el de *Re menor* —el número 20— y en *Do menor* —el número 24. Se pregunta Baciero por qué un joven, en ese enclave histórico y humano, poseía ese sentido trágico, ese dolor del mundo de los románticos que nos ha llegado, sobre todo en esos tiempos lentos en que la melodía se expande, intuyendo los sentimientos. Mozart es deslumbrador, como ha escrito este musicólogo, historiador y pianista arandino. Desde la lírica, en *Las Bodas de Fígaro* o *Idomeneo, rey de Creta* encuentra páginas espectaculares. Es el compositor implicado en las relaciones con su padre pero a la vez luchador por su libertad personal. Es un auténtico fenómeno en ese suministro del tiempo para la creación, en medio de una vida personal conflictiva.

Su esposa Constanza Weber consigue estimular a un hombre tan especial. Cuando después, ya

viuda, se casó en 1809 con el biógrafo de Mozart —aquel que publicó su obra en 1828 dos años después de su muerte—, el diplomático y escritor danés Georg Nikolaus von Nissen, se percató que su primer esposo había sido un genio. Sin Mozart, Constanza fue una buena administradora, lo que no ocurría así en vida del compositor. La tarea de Nissen fue la de intentar documentar lo que se había escrito hasta aquel momento sobre el genio de Salzburgo, pudiendo aportar una descripción apropiada de su vida, disponiendo de fuentes primarias, entre las que se encontraban las cartas de la familia Mozart y el testimonio de su propia esposa Constanza. Cuando se detuvo en sus aportaciones, no fue con una intencionalidad de deformar la imagen de Mozart sino más bien como muestra de “respeto biográfico”.



En la Academia Española de Bellas Artes de Roma, agosto 2011

No podíamos dejar de hablar —quizás alimentados por la oscarizada película *Amadeus*— del *Requiem*, muy bañado por las leyendas desde su origen. Pensó que el que se lo encargaba era un enviado de la muerte pero en realidad Mozart falleció en diciembre de 1791 a causa de una colección de enfermedades, producto del excesivo trabajo. Baciero se atreve a afirmar, en el tono desenfadado pero profundo de nuestra conversación, que Mozart era un “tío divertido”, en el que se pueden contemplar las fragilidades, con una música que surge desde un movimiento natural, que brota de una fuente donde se unen sabiduría y espontaneidad ¡Qué grande esta última definición

de Antonio! Y todo ello, transcurre mientras me enseña el manuscrito de una biografía de Mozart que ha escrito y documentado, guardada dentro de una sencilla y colegial carpeta azul de gomas, donde se puede leer en una etiqueta WAM (AB) —Wolfgang Amadeus Mozart (Antonio Baciero) ¿Cuándo veremos convertido en libro esta visión del gran intérprete que se encuentra con Mozart cada vez que recorre sus notas al piano? “Tocar a Mozart —me dice— es muy difícil. El *Concierto en Do menor* no quiero morirme sin volver a tocarlo. Lo hice una vez en Málaga en un concierto inolvidable con **Maxim Shostavistch**, en la ocasión que he tocado más cómodo con una orquesta”. La película *Amadeus* es una caricatura divertida que, además, permite llegar al personaje, basada como estaba en la obra de teatro, muy osada por cierto pero también apoyada en la realidad histórica. La relación con Salieri, confiesa, tiene sus verdades y mentiras.

Junto a Mozart se ha interesado por otros de sus contemporáneos que, aunque estuvieron de moda en la Viena de finales del XVIII, eran de una “pobreza y trivialidad evidentes” a la hora de componer. Por ejemplo, se estaba refiriendo a **Vicente Martín y Soler (1754-1806)**, relacionado directamente con el primero y que además compartía libretista con el genio de Salzburgo, **Lorenzo Da Ponte**: “era un músico normal, correcto, hombre apuesto, simpático y buen cortesano —al contrario de Mozart—, lo que le ayudó mucho en su carrera”. En Viena, se encontraba protegido por la **marquesa del Llano**, que era la esposa del embajador español ante el **emperador José II**, ella de trato muy cercano al soberano.

No podíamos terminar aquel tramo de la conversación sin mencionar a **Beethoven** o **Schubert**. El primero lo define como un monstruo, un espléndido, exprimidor y propagador de sí mismo. La aristocracia vienesa que lo conoció se desquitó con él de lo mal que se había portado con Mozart. Y es que como argumenta Baciero, el encaje de una persona que pierde el oído y que tiene ilusión por hacer música, es ya titánico. Frente a éste, un cristal puro como es Schubert, un infeliz que todo el

mundo abusaba de él. En ese mundo vienés alemán que es tan fino, el hijo de un maestro de escuela consigue llegar en lo creativo a tan grandiosas alturas y cumbres. En ese toque de las obras geniales que no alcanza nadie, se produce ese acercamiento de la naturalidad de la sabiduría con el trasfondo trágico de lo transparente. Así lo define Baciero después de haber convivido tantas horas con él, al piano. Murió de cualquier manera y hoy se enseña el lugar donde falleció con la bandera nacional de Austria. Así lo subraya Antonio con un tono amargo de denuncia. Y conectamos con lo que ha estado presente en el recorrido de su trayectoria, aunque me advierte que salvando las distancias: “afrontas una vida donde sabes deslindar la materialidad” ¿Qué sentía Schubert cuando estaba componiendo los *dos tríos con piano, los números 1 y 2*, insuperables ambos, sus últimas sonatas o el quinteto con dos cellos? Es un momento culmen de Schubert: “es esa cosa que destila un pueblo culto, incluso cuando lo da con naturalidad. Lo reproduce —confiesa Baciero con ojos humedecidos— la gente del pueblo que tiene ese toque”. La música de Schubert es buena muestra de ello, dentro de un Imperio austriaco, que “ha sido siempre como un batiburrillo, un descojono que nadie sabía para que servía todo eso”, concluye de manera espontánea este movimiento: “Baciero no sólo es un músico muy serio —dice Wolf-Eberhard von Lewinski— sino alguien que debe ser tomado también muy en serio en su versatilidad, temperamento musical y control racional. Todo esto en un mundo como el de hoy que provoca la especialización. Un fenómeno excepcional en todo caso porque sabe cómo combinar versatilidad con credibilidad, estando dotado de una especial capacidad de penetración y haciendo interesante hasta lo meramente superficial: un músico capaz de convencer por la elección de obras y el estilo de interpretarlas. Un intérprete de esa clase, que nuestra vida musical gravemente necesita”.

Los trabajos de Antonio Baciero como musicólogo e investigador se encuentran recogidos en la *Nueva Biblioteca Española de Música de Teclado*, con hasta quinientas obras inéditas españolas. Además recordemos *Cuadernos para el piano*, una

colección de obras de interés histórico y documental. Ha culminado toda una labor académica en Institutos y Academias como ocurrió con el Instituto Bach-Riemenschneider de la Universidad Baldwin-Wallace, en Ohio (Estados Unidos), así como su condición de correspondiente de la Academia de la Historia, de la de San Dámaso de Arte e Historia de Madrid y de honor de la Institución burgalesa Fernán González. Se encuentra en posesión de la Cruz de Oficial de la Academia Francesa PAHC y la Encomienda del Mérito Civil en 1985.



Concierto conmemorativo del Bicentenario de la Constitución de 1812. Real Academia de la Historia, 4 de Octubre de 2012

Decía, desde Frankfurt, Wolf-Eberhard von Lewinski que Antonio Baciero no era “uno más entre los muchos artistas del teclado; más bien un músico «todo terreno», cuyas interpretaciones se enfrentan a la música en toda su profundidad. Fidelidad de presentación y compenetración con el espíritu que ella tiene para él, mayor importancia que una rápida carrera. Más que anteponer la creación de una sensación superficial con el bien conocido repertorio standard, le interesa lo excepcional [...] un músico que sobresale sabiendo cómo extraer la pura cualidad espiritual de una composición mientras crea a la vez un sonido cautivador. Tiene el talento único de combinar lo abstracto con un sentido concreto del sonido. Al principio podría pensarse que las artísticas figuraciones y series perladas y cálidas del Barroco fueran la especialidad de este artista. Pero los valores dinámicos no son por él menos utilizados, llegando



Concierto de Antonio Baciero en el Real Colegio de Ingleses de Valladolid

a veces incluso a acentuarse fuertemente, en especial con la música “antigua”, pero nunca estas figuraciones y ornamentaciones se hacen insuficientes en una inteligente disposición sonora y cultural del toque pianístico y un trato diferenciado de cada nota haciendo completamente transparente una composición musical”.

Pero todavía nos falta una dimensión que recorrer en Antonio Baciero y es el carácter didáctico de sus interpretaciones, como se pudo manifestar en los diez viajes didáctico-musicales que emprendió con **Miguel de la Quadra Salcedo**, todo un “exótico profeta mahleriano” que sobrepasaba todas las fronteras: “había mucho que admirar en este hombre de alma candida —recuerda Baciero— que, como San Cristóbal, quería entre todas las tempestades pasar al Niño a la otra orilla, la del conoci-

miento, la del mérito y la vivencia directa del vivir, del indagar y del saber”. La causa de la participación de nuestro músico en esta aventura fue “producto de la seducción de dos mujeres, la suya [la de Miguel de la Quadra] y la mía [**Marinati de Santiago**]”. En uno de los viajes hispanoamericanos en que Baciero se ocupó de la música en las expediciones, expuso a la esposa de Miguel de la Quadra que había traído para entretenerse el *Cancionero de la Colombina*, que había pertenecido a **Hernando Colón**. Éste acompañó a su padre en aquel cuarto viaje. Aquellos desplazamientos —los de Baciero, no los del Almirante— también fueron un lugar de conocimientos de personajes muy variados, mezcla de profesores, escritores y periodistas. No faltaban algunos incidentes que experimentaron los expedicionarios, viajeros, descubridores y conquistadores de entonces. Se realizaban conciertos a bordo

y muchos eran los jóvenes que se atrevían a estudiar con el clavinova que se había comprado Miguel de la Quadra.

Los trayectos fueron variados en aquellos diez viajes: “aquel amanecer bajando luego por el Orinoco entre los peligrosos meandros cambiantes, con la máxima alarma en el Puente de Mando mientras se veía pescar abajo a los indígenas y los “poetas” del viaje uníamos al cristal gris de las aguas y a aquellas impresionantes nubes la lectura del testamento de Isabel La Católica. . . y otras lindezas. Sencillamente irrepetible [...] Para Miguel, todas las rutas del mundo eran o habían sido españolas: ya fuera el Mar de la China, el Pacífico o el Mississipi [...] Se dejaba llevar por sus propios personajes. Miguel parecía perdido entre la realidad y las quimeras, pero era sin embargo un ser asombrosamente práctico y disponía de un cerebro multiforme, perfecto, a la hora de diplomacias, discursos, banderas y patrocinadores. Entusiasta del mundo, del tangible y del otro. Cuando menos lo esperabas le salía el jesuitón que llevaba dentro —estudió con ellos en Tudela— y se entusiasmaba con el himno a San Ignacio, y, si se quiso casar con Marisol en Japón, seguro que operaban en él secretamente las legendarias hazañas de otro navarro como san Francisco de Javier. . . , que no fue allí precisamente a tomar esposa”.

Sin duda, las escenas, los momentos, las vivencias, resultan innumerables y podríamos decir —gracias al buen contar de Antonio Baciero— casi todas ellas históricas y conmemorativas de los grandes hechos históricos, convirtiéndose algunos de estos instantes en fiestas de ese barroco indiano: “el famosísimo tránsito fronterizo Estados Unidos-México, en El Paso. Se reventó también allí toda la cadena de controles, visados y pasaportes para disolverse inmediatamente en una tormenta de estridentes mariachis, enormes guitarrones y «vino para todos» con el obligado *canta y no llores* al entrar en la antigua Nueva España [...] Lo seguramente más valioso y sugestivo de las expediciones era el funcionar como una verdadera «escuela de entusiasmos» y vivencias in situ de hechos, leyendas y realidades de la historia. A mí, por lo menos, así me

lo ha parecido, estar presente en aquel privilegio y colección imprevisible de las más inesperadas y exóticas vivencias. Y ya por encima de Centenarios y conmemoraciones, todo ideado por aquel sujeto maravillosamente único que fue Miguel de la Quadra Salcedo”. Baciero, pues, se emocionaba recordando todas estas aventuras y homenajeando con su recuerdo a este aventurero de la cultura, fallecido en mayo de 2016.



Concierto del Colegio de Ingleses de 2014 recordando la música de las misiones jesuitas investigadas veinte años atrás.

Y VALLADOLID

“Castilla ha significado mucho en mi vocación musical —indica Baciero—. Siento a Castilla como mística pura, como paisaje en pura transfiguración, envuelto en un hálito de elevación y sobriedad”. Ya sabemos que Valladolid tuvo un lugar en la vida de Antonio, desde su infancia, desde su vinculación familiar con la ciudad. En recitales de música inédita y en medio de instrumentos de época, en concreto en el Museo Nacional de Escultura, en su Capilla y entre la Sillería del Monasterio de San Benito el Real, conoció a su esposa Marinati de Santiago. Era el año 1979. La vinculación de esta familia de profesoras de piano con las Juventudes Musicales Universitarias, las había convertido en habituales seguidoras de los conciertos anteriores de Baciero en la ciudad del Pisuerga. Con Marinati habría de compartir numerosas inquietudes vitales e intelectuales en esta ciudad de la Castilla de su vocación. Por entonces, el Museo era dirigido por una factótum de la cultura en Valladolid, **Eloísa García de Wattenberg**, la viuda del ar-



La inspiración existe pero te tiene
que encontrar trabajando, decía Picasso

queólogo e historiador **Federico de Wattenberg**. Ella ha fallecido en julio de 2017. Fue en sus iniciativas una impulsora de todo. A su vez, Marinati contó con un papel esencial en los proyectos musicales de los mencionados viajes y rutas a América con Miguel de la Quadra, gracias a la experiencia de su esposa con los jóvenes y los grupos, llegando a dominar todos los trabajos de preparación de las actuaciones de los expedicionarios y haciendo música entre ellos.

Antonio Baciero ha sido reconocido como “uno de los nuestros”. Por algo, recibió el Premio Castilla y León de las Artes en 1985. Ha sabido reencontrarse con su Aranda de Duero natal —que le ha convertido en hijo predilecto—, gracias también a la música. Si allí cuenta con la titulación de su Escuela Municipal de Música, en Salamanca posee una calle. En cierta ocasión, en una visita a la Ciudad del Tormes, “cogí un taxi y le pedí que me llevara a la calle *Músico Antonio Baciero*. Al llegar, el taxista me preguntó que por qué tenía tanto interés en llegar a aquella calle de Salamanca y, claro, le dije que el de la calle era yo. El taxista se sorprendió

mucho y me dijo que nunca le había pasado nada similar”. Hace bien poco la Junta de Castilla y León ha expuesto en el Palacio de Butrón parte de los fondos archivísticos y personales de nuestro músico bajo el título de *Itinerarios musicales*. Una muestra de documentos que Baciero ha reunido, coleccionado sobre la historia de la creación musical de los siglos XVIII, XIX y XX. Todo un legado universal —pues no se refiere principalmente a Cas-



El ambiente de estudio de Antonio Baciero,
entre el Jardín de las Delicias
y las Tentaciones de San Antonio

tilla y León— que la Administración Regional debería de aprovechar para convertirlo en un “Itinerario” permanente. En ella, encontramos a ese Liszt que es una gran figura de su siglo, un gran triunfador, todo un personaje político. Gustav Mahler surge como una protesta o caricatura de este mundo austrohúngaro. El compositor tenía un poco de profeta mesiánico, misión del artista en el medio en que se desarrolla, “escogido por los dioses, para ilustrar al personal”, sin olvidar el germanismo de **Wagner**.

Les advertí que esta conversación no tendría ni principio, ni final. Era un conjunto de tertulias que a veces han sido junto a un piano, paseando por Valladolid, en un café, antes de un concierto, entre comidas que se convertían de trabajo en su título. Sin duda, Antonio Baciero es una personalidad única, testigo de su propia existencia pero también de la de muchos otros. Testigo, en definitiva, de la belleza de la creación musical, de la interpretación de la obra artística, a la que ha consagrado toda su existencia. Por muchos años.

* * *

Y cuando he puesto el punto a estas páginas que confieso, deseaba escribir fuera de las líneas de investigación de un historiador, me encuentro en mi correo electrónico una nueva reflexión de Antonio Baciero. Él consideraba que con ella ponía

también las cosas en su sitio. Es su voluntad, aunque la mía es la de seguir ampliando estas páginas en el futuro con otros hitos que están por venir: “debo insistir —indica Antonio— en que el tesoro de mi primera niñez, más o menos conscientemente, es un depósito interior que siempre me inspira y fortalece. A estas alturas de la vida en todo caso mirar alrededor es un ejercicio de humildad. Contemplar cómo al lado de un currículum —en algunas cosas pionero— han quedado tantos entusiasmos y temas por concluir y de no querer dejar a medio camino no pocas iniciativas, proyectos e ilusiones de trabajo, desde la limitación de las horas cotidianas y de las que todavía me queden disponibles, es inquietante y desesperanzador. Todas estas verdaderas “tentaciones de San Antonio” que me rodean con el centro en mi piano de siempre, mi “Bösendorfer”, que me contempla y observa retador y siempre abierto. ¿Será el destino del pianista, dejar muchas, muchísimas cosas pendientes, por terminar? ¿O es el de todos los mortales? Seguramente. El haber dispuesto en todo caso y desde el principio de una fuerte vocación y voluntad de seguirla, ha sido, junto a muchas otras cosas, un verdadero privilegio. Música, Historia, vivencias únicas, encuentros, amigos, resonancias, públicos... Tengo que reconocerlo y agradecerlo profundamente a esa sucesión de retos, personas y sucesidos que es la vida: Un verdadero privilegiado...”

Una niñez iluminada. Mis años de Aranda por Antonio Baciero

Seguramente para cualquier persona es un reto situarse en los primeros recuerdos y vivencias de su vida. Es difícil contar lo que habita en el reino de los ideales. Es lo que me ocurre a mí cuando hablo de la niñez y mis años en Aranda. Si me tocara alguna vez describir mi vida o enjuiciarla, debería comenzar reconociendo que he sido un auténtico privilegiado. No sólo por compararme con la posible gente que uno conoce alrededor suyo y lo que uno ve que son sus vidas, sino ya desde el mismo origen. Desde los mismos primeros años de la niñez.

En 1936 Aranda de Duero era un importante núcleo rural y comercial, una enorme aldea a orillas del gran río, el más central de España, que desde su origen entre los montes de Soria y su Moncayo, traza toda una geografía de bellísimos y siempre nuevos parajes hasta su desembocadura frente al Atlántico, en uno de los enclaves del más peculiar perfil: Oporto.

Es la meseta castellana central, la de los grandes ríos, la de las gentes antiguas, recias y claras, en busca de una armonía con ellas mismas y con su historia. En Aranda el Duero es un río entrañable que todavía no parece la vena importante que relaciona y vivifica toda esa zona, tan poblada de relevantes enclaves de historia, cultura y arte, tan bien representada por la multitud de puentes románicos que lo cruzan recordando viejas leyendas y hechos que se pierden en el laberinto de los tiempos en los infinitos paisajes humanos que lo han ido conformando. Por no

mencionar sus incontable número de iglesias, ermitas y monasterios de todo tipo. Siempre quise —cuando fuera mayor— hacer una gran travesía por el río desde Aranda hasta el mar, por entre tantos de sus ramajes, vericuetos, riscos y rocas, en sus mil peripecias, continuando siempre con el agua y su camino hasta diluirse en el infinito del océano.

Este “camino del Duero” sí que sería otro curioso “camino de Santiago” e igualmente en la inercia Este-Oeste. Recordando aquello que yo en alguna de mis épocas románticas (¿cuál de ellas no lo ha sido?) escribí en algún momento de arrebató lírico “... ir al mar y encontrar al mar y a ti!”, ese “tú” magnífico, necesario y visceral del mundo del amor y de sus infinitos, el mismo del mar interior y de sus símbolos... Pues sí; he sido un privilegiado. En otros momentos, cuando vivía lejos, en mi época de estudios en Viena, pensaba también en lo bello que sería ir en un grupo de amigos andando en carro, un carro de mulos, por esos caminos de tierra de Burgos, Palencia o Valladolid, que todavía hoy conectan no lejos de las carreteras y surcan esa infinita tela de araña del campo castellano.

Tampoco lo he hecho nunca. Quizá el recuerdo de alguna antigua vendimia o excursión en Aranda me dejó impresionado sobre lo que es el ir por esos caminos campesinos, solitarios y polvorientos, radiantes de ellos mismos y de sus miles de silencios de años...

Aranda, la antigua pequeña urbe que en su época estuvo bien amurallada, todavía hoy es perfectamente estudiable en el diseño de su porte antiguo de su precioso plano de 1503, donde se evidencia su armonioso trazado y engranaje de Villa bien asentada, compacta y laboriosa, sólidamente defendida. En los siglos de la Reconquista, estos núcleos sobre ríos poderosos se habían ido haciendo sabios en organización y funcionamiento, en todos los aspectos.

Mis abuelos maternos, Gerardo Baciero y Pilar Benito tenían un comercio en la Plaza. Una plaza con sus pórticos y su continuo bullir de niños, mercaderes y tertulianos que llenaban sus múltiples bancos entre las hileras de acacias y un central kiosco de músicos para la banda local. Era la zona “buena” de la plaza que daba en sus “traseras” justamente al Duero, a sus vericuetos, arboledas, y a la importante carretera Madrid-Irún. Manolo Arandilla, el gran amigo poeta y humanista me ha asegurado que en días de buena visibilidad, desde la esquina del “Bar Moderno” sigue apreciándose al fondo la Torre Eiffel.

A la casa de mis abuelos se entraba por el mismo comercio, una enorme tienda de pueblo que vendía de todo, ferretería, mercería, toda clase de utillajes y, naturalmente, juguetes. Incluso Lotería, cuya sucursal estaba regentada por mi tía abuela, Matilde Miranda, casada con el único hermano de mi abuela, el simpático y bondadoso tío Adelfo que escribió con su amigo Santos Arias de Miranda un sabroso libro de memorias locales “Cosas del siglo pasado” recientemente reeditado. La juguetería era quizá la parte menos extensa de la tienda pero sí la más celebrada, como el lógico punto de atracción y encuentro de mis amigos, casi todos ellos colindantes vecinos de la ubícua plaza. Mis abuelos nunca nos negaron el acceso al interior de la tienda lo que indicaba que éramos inteligentes en el comportamiento en medio de tantos atractivos. “Estrenábamos todos los juguetes” me comentaba una vez Marcelino Moneo mi primer amigo inseparable de aquellas épocas. Debíamos restituirlos bien en su empaquetamiento original. En un sitio secundario se agolpaba un montón de

cajas vacías de todo tipo y tamaño. El buceo en aquel cosmos tan variado era algo absolutamente tentador y yo recuerdo, por ejemplo, las cuadradas cajas pintorescas de hojas de afeitar (entonces en plena prehistoria...), con dibujos en color y nombres como mágicos “Palmera-oro”, “Palmera-plata” y “Palmera acanalada”, o aquellas de carretes de hilos y lanas que decían “Hilaturas de Fabra y Coats”, que nunca supe lo que significaban pero quizá ahí estaba precisamente parte de su atractivo. Solían venir de vez en cuando una raza de visitantes especiales: los “viajantes”, que venían a ofrecer sus productos, gente afable que llevaba mucha colonia o brillantina encima y un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Muy educados, todos venían de Sabadell. Nos resultaban además muy divertidos por su raro acento catalán y sus modales de esforzada cortesía. El mostrador del comercio era una mole larguísima de nogal que ocupaba todo el frente izquierdo del portal. Yo solía dibujar a veces en una parte de él porque también vendían pinturas y lápices de color. Todo el mundo parecía estar a mano. Los juegos, muy de pueblo de entonces, estaban presididos por uno, típico de un lugar de viñas y toneles: el aro. En la economía de guerra de aquellos años 40, el aro unía en democracia a toda la población infantil de la plaza. Correteábamos con ellos sobre todo por los porches y subíamos por la carretera hasta los jardines de Don Diego y el Colegio de los frailes del Corazón de María, el gran establecimiento pedagógico del lugar, que en un tiempo incluía un cuadro artístico con el que se hacían teatro y conjuntos de música y coros...

La casa de mis abuelos tenía tres pisos. En los dos primeros vivíamos la familia con los niños. El primero era el de uso práctico, cocina, comedor y algún dormitorio. Allí estaba también el piano, un instrumento vertical, negro, con sus floridos candelabros, y situado en la mejor habitación, clara y soleada, la que daba al río. Mi abuela Pilar Benito y mi madre cantaban y tocaban en él. Tocaban con alegre soltura todo lo que les habían enseñado, cosas complicadas y divertidas de zarzuelas, género chico, tangos y Valses de Strauss. Sé por ella misma que mi madre había aprendido con un or-

ganista ciego de Santa María, “el Tomás”, un personaje popular, simpático y capaz. El asunto es que la música estaba allí, alegremente presente y con ese repertorio uncomplicado de las cosas que hasta allí llegaban agolpadas en un musiquero con unos remates de relucientes bolas negras donde había también sus Estudios de Clementi, Bertini y Czerny, entre gruesos libros y aquellos bailables. Aquel viejo piano de Aranda había supuesto algo más que la materialidad de un instrumento: el símbolo que presidía una convivencia armoniosa y feliz. Yo le recuerdo siempre abierto y lleno de cosas.

El segundo piso era el piso “mágico”. Allí estaban “el arca” —todo un “arca de Noé” de varias generaciones de ropajes y adornos— en la habitación de los grandes armarios, que daba al río. Y del lado de la Plaza había un espacioso salón con su biblioteca con los Aranzadis y libros de Derecho de mi abuelo Gerardo Baciero anexo a un gran cuarto de baño —helador - y destacaba el gran tresillo de los recibimientos solemnes y en una esquina... ¡el altar! Allí, tenía mi abuela Pilar todas sus grandes intimidades pasionales y preferencias de religión: Toda una raza de Vírgenes, santos, candelabros, niños-jesuses eccehomos y dolorosas, sanantonios y sanjoseses, etc. ordenados en escalera y presididos por una enorme Virgen del Carmen con sus escapularios de negro y oro. Eran sus grandes aficiones “after hours”, porque ella, en todo caso y aparte del altar suyo, iba regularmente a la iglesia (a la espléndida de Santa María) entre dos y tres veces todos los días. Misas, Novenas, rosarios, triduos o Vísperas, donde todas las señoras de clase media, tenía su propio reclinatorio con sus iniciales en unos pequeños clavos relucientes: Una posesa de la Religión. Yo la conocí siempre “de hábito”, por aquellas promesas que se hacían vistiéndose con aquella ruda estameña marrón y un cinturón de cuero lateral con el escudo del Carmelo. Ampliaba además su concepto “mágico” de lo religioso con algunas ideas extra, como aquellas blancas almendras que le daba diariamente la Virgen del Carmen para mí cuando volvía del rosario. Como nieto mayor, asumí pues muchos privilegios, en primer lugar un amor y una admiración sin lí-

mites, personificado sobre todo en mi madre, pero fuertemente secundada por los abuelos. Mi padre, médico en la vecina Baños de Valdearados, había tenido que incorporarse al Ejército, activo entonces en las operaciones del Norte y Ebro. Aunque venía en Navidades y en algún “permiso” yo no conviví con él realmente hasta los 7 años, cuando salimos para Pamplona donde ya se había establecido como dentista a la vez que destinado en uno de los Hospitales Militares que allí había - hoy es el Museo de Navarra - y que entonces se llamaba con el poco amistoso nombre, que hoy entiendo mejor que entonces, de “Hospital Disciplinario”...

Así fue curiosamente que durante el gran desastre de la Guerra Civil, yo pasé los mejores años de mi vida en Aranda. Paradójicamente, de esa época no conocí más que una niñez idílica y en mundo patriarcal lleno de armonía y de cariño, con todos los exotismos añadidos que la tienda conllevaba, visitantes, clientelas, militares, soldados, incluyendo a los moros y los voluntarios navarros que pasaban por la tienda y por la plaza antes de salir para Somosierra al día siguiente. En realidad casi no había coches, y cuando divisábamos uno nos retirábamos prudentemente de la carretera donde ejercitábamos nuestra maestría con el aro, con el que aprendimos las primeras nociones de estrategia de la vida y de la fuerza de la gravedad. Las bicis yo creo que todavía apenas si se veían entonces, y los coches eran un lujo inalcanzable.

Era una existencia rica en ritos. Los días de mercado marcaban sus diversos avatares. Era precioso ver la cantidad de carros y tartanas que se agolpaban en las traseras, con sus perros y burros a los que llamábamos “machos” (yo tardé algunos años en conocer la palabra “caballo”...), eran días de algarabía y alboroto general que marcaban el discurrir del calendario. Como los de la llegada de los pescados y productos del norte, que cantaba a viva voz un ser extraterrestre llamado “el Arroz”, y destacaba mucho también el solemne sereno llamado Isaías (x), un señor bajito envuelto en capas y abrigos, que junto al sonoro manojito de llaves de todos los comercios llevaba una lanza. Cuando daba las horas (“las doce y sereno”) se recalcaban en in-

vierno con el eco seco de las calles nevadas, que Isaías subrayaba entonces con un triste “las doce y nevando”...

El frío conllevaba los braseros (no había calefacción central), y producía aquellas liturgias de calentar las camas con aperos tradicionales y unas botellas de metal que se llamaban “caloríferos”, ayudaban en el trance de pasar del celestial brasero al desierto helado de la cama. Era la época de las castañas y las patatas asadas que rescatábamos entre la ceniza del fondo de la gran estufa que tenía el comercio. Venían por entonces los Reyes Magos, las Navidades, y el gordo de la Lotería. Hacíamos vasos de leche helada en las ventanas.

Mi primer colegio fue el de las monjas de la Vera Cruz, una clase colectiva y mixta, en la que cantábamos el alfabeto y otras tonterías como “los pajaritos van por el aire, vuelan vuelan vuelan también”. Aparte del falangista “Cara al sol” y otros himnos afines de la Legión con otra letra que entonábamos antes de entrar con el brazo en alto, mientras se despellejaba viva la gente en las sierras y toma de Madrid. Una familia ultracatólica como aquella necesitaba mucho de las lágrimas de mi abuela ante su altar de la Virgen del Carmen, porque terminada la guerra, el tío Silvino, falangista de pro, se había enrolado en la División Azul y llegó hasta el sitio de Leningrado. La Virgen se lo devolvió con una herida leve, claro que sano y salvo, y con una Cruz de Hierro en el uniforme negro, el bueno del tío Silvino Baciero... que de joven tocaba la flauta en la estudiantina de Valladolid... y nos quería como a hijos propios. Recuerdo que él me llevó algunos años después a tomar la primera cerveza de mi vida en la barra del suntuoso y vecino Cine Aranda...

Mi madre, maravillosa, seguía a la suya en todo, y heredaría también su apego a las iglesias y sus devociones. Así como el piano, la generosidad extrema y el cantar frecuente. En la primavera de 1943 fuimos todos a Pamplona, a una casa grande y céntrica en la calle Zapatería. Mi padre, hombre genial que no tenía nada en común con nadie, además de su destreza como buen dentista se hacía sus propias emisoras de radio, los esforzados ra-

dioaficionados de entonces de cuyas estancias alguien dijo eran como los laboratorios del Dr. Fausto... Aquel irrepetible EA2CJ (“Dos Canadá-Japón”) y sus “CQ-cuarenta” que repetía en francés e inglés. Era como la contraportada de las prácticas mágico-religiosas de mi abuela Pilar. Pero tenía también aficiones musicales y le encantaba cuando mi madre tocaba y él hasta cantaba alguna romanza de zarzuela. Pero lo que le gustaba realmente era sentarse a la pianola, y escoger entre sus rollos de todo género que hacía sonar con técnica destreza, sobre todo los domingos o cuando fuera, libre del trabajo. Le gustaba tanto la música que animado por el ejemplo (vana ilusión...) de mi madre, contrató una profesora para que le enseñara que venía a casa. ¡Con qué esfuerzo y tesón se le veía estudiar y repasar las cosas con tan lentos resultados! La profesora era una persona muy comunicativa y enseguida hizo grandes afectos hacia mí, que me solía quedar en la esquina del piano observando aquellas clases, callado e inmóvil, y veía los apuros de mi padre para cosas que no parecían complicadas. En casa llegó a haber una psicosis general de música en un tiempo en que he visto a mi padre solfear las lecciones del Eslava y mi madre llevándole el compás. Aprovechando una ocasión en que yo estaba malo, mi madre me enseñó los rudimentos de solfeo y cuatro cosas útiles, y con ello y lo que observaba en las clases de mi padre me fui defendiendo ya tanto que, en medio de las desmedidas y cariñosas alabanzas de la profesora, ésta acabó aconsejándole a él que lo dejara y que quien tenía que seguir era yo. Mi padre supongo que vio los cielos abiertos - estaba ya algo harto de resultados tan penosos - y estuvo totalmente de acuerdo.

Pero la marcha a Pamplona no supuso cortar la cercanía de Aranda, más bien por el contrario al acentuar la diferencia entre el mundo del pueblo y el de una ciudad con ambiciones modernas que terminaría siendo la mía. Toda la familia volvíamos regularmente a Aranda siempre en los veranos y en Navidades, donde mi reintegración con el viejo “paraíso perdido” volvía a coger nuevos bríos, continuando también allí los ya iniciados estudios de música con la supervisión de mi madre que sostuvo siempre una estrecha alianza con mi profe-

sora pamplonesa, la inolvidable Puri Villar, un personaje decisivo en mi vocación y futuras actividades profesionales.

Estos nuevos años circunstanciales fueron un disfrute más consciente y totalmente entusiasmado de Aranda hasta que poco tiempo después, al fallecer mi abuela Pilar, se extingue la casa y el comercio, quedando aquella primera época infantil ya para siempre grabada entre mis vivencias más queridas y añoradas.

Después de casi 25 años tuvo lugar mi primera gran “reentré” arandina y en una ocasión inusualmente solemne: la conmemoración del centenario del Concilio y su significado en la historia de Castilla. Un antiguo amigo y compañero de aro en la plaza, Joaquín Luís Ortega, entonces un joven e importante cura e historiador, ya regresado de Roma y militante en los nuevos aires conciliares y ecuménicos. Él fue quien me contactó en Madrid para un concierto que se celebró en la clausura de aquellos actos, en la vieja iglesia de San Juan, totalmente abarrotada de todos los viejos conocidos y amigos más la solemnidad añadida de las máximas representaciones oficiales encabezadas por el Arzobispo de Burgos y el entonces inevitable Capitán General de la Sexta Región Militar. Fue uno de los conciertos más emocionantes y ambientado en mi vida, prolongado después en un dilatado banquete en el ya asentado Albergue junto a la Virgen de las Viñas, los principios de cuya construcción recuerdo haber seguido ya en mis años antiguos. En aquel viaje celebré dos nuevos fichajes arandinos, conocí al entonces ya famoso Tomás Pascual y a Fernando Redondo Berdugo, cuyo proyecto de hacer un concierto mío en su patio del s. XV quedó pendiente de hacer... , pero Fernando sí me llevó años después a la Expo de Sevilla del 92 en el “Día de Burgos”... y otras inolvidables reuniones en su histórico palacio familiar y con su

prima Josita Martín en la tan romántica casa de la siempre famosa e importantona D^a Josefina...

Desde lo del Concilio, Aranda no ha tenido hacia mí más que continuas deferencias. En el 86 recibí el “Polluelo de Plata” de la Asociación “Antonio Machado”, como el Socio de Honor de “La Tertulia” y tuve la suerte y el privilegio de nuevas amistades cordialísimas como la de Manolo Arandilla, poeta e histórico Director de esta Biblioteca Municipal, hoy verdadero orgullo de la ciudad.

Luego vino la Casa de la Cultura con la Alcaldesa y buena amiga Leonisa que, además de hacerme Hijo Predilecto, dio mi nombre a la Escuela Municipal de Música y a una calle. Desde entonces todos los Alcaldes me han tenido presente en efemérides especiales como en el “Año Mozart” (2006) y en conmemoraciones como la del plano histórico de los Reyes Católicos, la Guerra de la Independencia (2008) o las emblemáticas recientes “Edades del Hombre” del 2012: Me han dedicado desde el Programa de Fiestas de 2002, una Conferencia en “La Tertulia” y he dado hasta la ejecución integral de las Partitas de Bach en las Navidades de 2015. He tocado en Santa María y en San Juan, en las dos Salas Culturales de la calle Isilla y hasta se habló de un posible Museo con mis colecciones y archivos en un gran caserón de la plaza. No puedo sentirme más “profeta en mi tierra”. Pero cuando vuelvo a Aranda, es sobre todo el revivir la alegría misma de mis orígenes, el obligado paseo por las traseras, volver a ver el mismo Duero con los mismos árboles, más la alegría añadida de volver a estar con mis amigos Marcelino, Julio y Rufino y ver a Arandilla y a Julia en la Casa de Cultura. Y en días de buen tiempo, seguir vislumbrando perfectamente la línea de la Torre Eiffel desde la esquina del Bar Moderno, esta carretera Madrid-Irún de siempre... , desde los jardines de Don Diego...